

BIBLIOTECA NACIONAL



0012602



BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

Sección Chilena

Volúmenes de la obra.....

Ubicación 10 195 - 39

I N D I C E

1. Recuerdos de la revolución rusa de 1905 /
Alejandro Lipschutz
2. Conflicto social y propaganda social /
Hernan Villablanca Z. y Nestor Porcell

6/83

VARIOS

2/P.

serie pensamiento y acción
colección camino abierto



TRADUCIDO DEL ALEMÁN POR
JORGE SOTO Y OSCAR ZOMBRANO.

10(195-39 p1)

Alejandro Lipschutz

RECUERDOS
de la
REVOLUCION RUSA
de 1905



quimantu

BIBLIOTECA NACIONAL
Sección Central

© 39886.

EMPRESA EDITORA NACIONAL QUIMANTU LIMITADA.

Av. Santa María 076, Casilla 10155, Santiago-Chile.

Primera Edición, julio de 1972.

Director División Editorial: Joaquín Gutiérrez M.

Jefe Departamento Ediciones Especiales: Alejandro Chelén R.

Proyectó la Edición: Pedro Parra S.

*A la memoria
de los camaradas de 1905.*

A MANERA DE PRESENTACION

El 22 de enero de 1905 es considerado como el comienzo de la Revolución Rusa y bautizado como el "domingo sangriento". Ese día millares de campesinos encabezados por un sacerdote llamado Gapón se habían reunido ante el Palacio de Invierno en San Petersburgo, para pedir al zar su ayuda. Previamente el mismo Gapón le había escrito una nota al zar garantizándole su seguridad personal y pidiéndole que se presentara ante el pueblo. La petición comienza de la manera siguiente:

"Nosotros, obreros, vecinos de San Petersburgo, acudimos a Ti. Somos unos esclavos desgraciados y escarnecidos; el despotismo y la arbitrariedad nos abruman. Cuando se agotó nuestra paciencia, dejamos el trabajo y solicitamos de nuestros amos que nos diesen lo mínimo que la vida exige para no ser un martirio. Mas todo ha sido rechazado, tildado de ilegal por los fabricantes. Los miles y miles aquí reunidos, igual que todo el pueblo ruso, carecemos en absoluto de derechos humanos. Por culpa de Tus funcionarios estamos reducidos a la condición de esclavos."

Solicitaban al zar amnistía, libertades públicas, tierras para los campesinos, un salario normal, etc., y terminaba:

"¡Señor! ¡No niegues la ayuda a tu pueblo! ¡Derriba el muro que se alza entre Ti y Tu pueblo! Dispón, y júranoslo, que nuestros ruegos serán cumplidos,

y harás la felicidad de Rusia; si no lo haces, estamos dispuestos a morir aquí mismo. Sólo tenemos dos caminos: la libertad y la felicidad o la tumba.”

Como respuesta a esta petición se llamó a las tropas, que ametrallaron a la multitud y sable en mano se lanzaron sobre obreros y campesinos desarmados que arrodillados suplicaban por ver al padrecito zar. Según los partes policiales, hubo más de mil muertos y dos mil heridos.

Para comprender la importancia de estos acontecimientos hay que tener en cuenta que los campesinos, en esa época, eran en su mayoría analfabetos, vivían en la miseria, embrutecidos y aislados, y que habían estado sujetos a una estrecha dependencia feudal hasta 1861, en que se emancipan. De modo que este hecho es fundamental, por cuanto significa un cambio de rumbo en la historia rusa, porque es precisamente un despertar de la conciencia política en las grandes masas entrando de lleno en la lucha revolucionaria.

Ese año se extiende por todo el país un movimiento huelguístico que afecta a casi todos los centros y fundamentalmente a las grandes ciudades. En esto reside el aspecto peculiar de la Revolución Rusa, que si bien por su contenido fue una revolución democrático-burguesa, ya que los objetivos inmediatos eran obtener una jornada de ocho horas, confiscar los latifundios, etc. —que ya lo había logrado la Revolución Francesa—, por sus medios fue, a la vez, una revolución proletaria, ya que el instrumento fundamental de la lucha fue la huelga de masas. Riga junto con San Petersburgo y Varsovia eran las tres grandes ciudades en las cuales había más población obrera, la más numerosa y consciente.

Es por todo lo anterior que este libro: Recuerdos de la Revolución Rusa de 1905, escrito por un combatiente de aquellos acontecimientos, no es un simple

relato, adquiere cada página un calor emotivo que es fruto de esa vivencia personal.

El autor, residente en nuestro país desde hace muchos años, ha redactado un breve prefacio, en el cual explica los motivos que lo impulsaron a abandonar sus estudios de medicina y alistarse en las filas de la revolución.

PREFACIO

Las páginas que siguen fueron escritas y publicadas en Alemania entre 1911 y 1914, como artículos independientes en varios diarios del Partido Socialdemócrata.

*He colaborado en estos diarios desde 1907 hasta 1914, como autor de informes sobre los progresos en biología y medicina. Pero en 1911, ya dedicado en definitiva a la investigación científica experimental, pero guardando todavía claramente los recuerdos de la revolución de 1905 en la cual había participado, decidí resumir muy paulatinamente mis recuerdos para el lector alemán. En 1914 reuní estos artículos ya publicados por separado, en un conjunto que se publicó bajo el título *Lo que me Pasó y lo que Vi en la Revolución Rusa*.*

En Chile se publicó un extracto de algunos capítulos de estos recuerdos en el Enfoque N° 3, de 1967, editado entonces bajo la dirección de Luis Alberto Mansilla (págs. 28 a 31).

No son cuentos "heroicos". Pero he pensado que en el momento actual interesarán al lector latinoamericano, joven y adulto. Confieso que yo mismo, al volver a todo el conjunto de estos recuerdos, no pude evitar cierta emoción. Es algo como un diario de siete u ocho meses de intensa colaboración "profesional" con el Partido Socialdemócrata. Tal vez interesará al lector también saber cómo sucedió que me hice revolucionario activo en vez de quedarme sólo en marxista

científico. Ya lo conté en el Enfoque de 1967 y lo repito aquí.

En 1905 continuaba tranquilamente mis estudios de medicina en Goettingen. En la tarde del 23 de enero estaba sentado en una peluquería. El peluquero estaba ocupado de mis pelos algo largos y abundantes mientras yo leía los últimos cables de un periódico. De repente sentí como un terrible golpe: un cable de pocas líneas, del 22 de enero, de San Petersburgo informaba sobre una horrenda matanza ocurrida delante del Palacio de Invierno de los zares. Muchos miles de campesinos, hombres y mujeres, encabezados por un pope, se habían reunido ante este lujoso palacio para pedir humildemente al padre zar que les prestara su ayuda para salir de la inmensa miseria en la cual vivían. Pero en vez del padre zar fueron cientos de soldados con fusiles los que recibieron con disparos al pueblo. Miles de estos pobres campesinos llenos de fe en su zar cayeron muertos, precisamente, víctimas de su fe en el padre zar, víctimas de una brutalidad inaudita.

Unos pocos días después supe que el peluquero se había dado cuenta de mi estado de ánimo: contó a otro estudiante ruso cómo reaccionó su joven compatriota al leer los cables de San Petersburgo.

Al terminar, a fines de marzo, el semestre, decidí interrumpir mis estudios para participar en la revolución en mi ciudad natal, Riga. Me afilié al Partido Socialdemócrata ruso, que en Riga era de los bolcheviques. Me encargaron participar en la agitación en lo que entonces se llamaba ser "orador".

Lo demás lo cuento en los doce capítulos de este pequeño libro, reproduciendo los artículos alemanes literalmente, sin omisiones y sin adiciones.

A. LIPSCHUTZ.

Los Guindos.
Enero de 1972.

I. LAS HUELGAS DE JULIO DE 1905 EN RIGA

En uno de nuestros sectores de agitación habíamos programado en ese entonces una reunión. Como en ella debían participar más de cien trabajadores, no podía ser una reunión en espacio cerrado; pero, al mismo tiempo, había que darle un carácter secreto. Fue así que determinamos efectuar la asamblea en pleno bosque.

Habíamos pasado toda aquella noche de julio en el bosque. Al elevarse el sol sobre la margen del bosque debimos partir.

Me disponía a ponerme en marcha cuando un obrero anciano, de cabellos grises, se me acercó. Me había estrechado la mano con un apretón que era un lenguaje de afecto y gratitud. Luego me dijo:

“Camarada, usted debe venir a nuestra fábrica el lunes. Estamos en huelga desde ayer. Somos más de tres mil hombres y nos reunimos mañana en la fábrica. Usted habla bien y su voz es fuerte; tiene usted que venir a nuestra fábrica.”

Acompañaba al obrero anciano un camarada joven de apenas veinte años. Se le advertía conmovido por un mar de incertidumbres, tensas expectativas y esperanzas luminosas. Era su primera huelga, y se había lanzado en ella con todo su ánimo juvenil. Es triste decirlo: este joven trabajador posteriormente habría de convertirse en espía, y de él relataré en el capítulo VIII.

Aquellos trabajadores pertenecían a la Fábrica Báltica de Vagones, un complejo industrial gigantesco con cuatro mil obreros. Por supuesto, yo quería ir allí y era para mí muy halagador que fueran justamente los obreros quienes me hubieran elegido como orador.

Los camaradas me proporcionaron los atuendos necesarios para pasar como hojalatero, y la preocupación con que los obreros me rodearon para prepararme para la campaña fue en verdad conmovedora. Recordado, por ejemplo, el siguiente episodio. Una vez que estuve convenientemente "vestido", un grupo de trabajadores, a quienes veía por primera vez, me condujeron donde otro joven obrero, también desconocido para mí, que vivía en una habitación revocada de blanco y muy limpia, en una casita de alquiler. Todo lo que había en ese cuarto era una cama amplia, una mesa, un par de sillas y un tosco armario. El obrero estaba sentado a la mesa con sus amigos; jugaban las cartas. Aquí debía yo pasar la noche, para ir al día siguiente por la mañana directamente con los trabajadores a la fábrica.

Estaba tan cansado, que tuve que acostarme en la cama, y pese a la presencia de los huéspedes me dormí rápidamente. El trabajador a quien pertenecía el cuarto me había dicho que se acomodaría luego en algún rincón de la cama. Cuando desperté a la mañana siguiente, lo encontré durmiendo en el suelo; no había querido molestarme e incluso había evitado servirse de uno de los dos grandes cojines sobre los que yo dormía. Nos vestimos; mi anfitrión preparó una doble porción de rebanadas de pan con mantequilla y nos pusimos en camino.

Junto a un pequeño grupo de trabajadores fuimos a la fábrica.

Las calles que rodeaban el gran sector de la usina se veían pobladas de obreros de rostros cansados, figuras grises que iban de un lado a otro silenciosamente. La mañana gris y abochornada nos oprimía todos y se aliaba a la espera torturante.

Un policía en cada una de las entradas de la fábrica estaba encargado de la inspección y control, de modo que nadie pudiese ganar el patio central de la fábrica sin su correspondiente carnet. Los trabajadores, que permanecían ordenadamente en fila, extendían uno por uno su carnet al policía; me habían rodeado muy hábilmente, de suerte que de improviso me encontré en el patio central sin que el guardia lo hubiera notado.

Nuestras reuniones tenían lugar en una gran sala de máquinas. Un mar hormigueante de obreros sobre máquinas, vagones semiterminados y en las galerías de la gran sala. Un gran tonel o un rincón cómodo en una máquina servía de tribuna para los oradores.

El trabajo de agitación que realizaban los camaradas rusos y letones en la primera mitad del año de la revolución en Riga determinó la forma de los primeros estallidos del movimiento huelguístico en esos memorables días de julio en esta ciudad.

El movimiento huelguístico de julio afectó a unos treinta mil trabajadores de todas las fábricas de mayor volumen de Riga, e incluso de los tranvías. Las exigencias planteadas por los obreros se referían en lo fundamental al seguro contra accidentes y enfermedad, y problemas del orden interno de las fábricas. Entre estos últimos figuraba una petición de la mayor importancia: los trabajadores exigían de la gerencia de la empresa la facultad de disponer de las salas de las usinas para celebrar reuniones en ellas. La situación de abandono jurídico en que se encontraban los obreros en Rusia, la falta de libertad de asociación y reunión les dictaron a todos los trabajadores esta exigencia, concebida en forma unánime. Y durante la huelga, cuando las gerencias de las empresas debían asumir una actitud de espera y los trabajadores disponían de un gigantesco espacio en las mismas fábricas para efectuar sus reuniones, éstos conquistaron casi de golpe, dentro de ciertas limitaciones, la libertad de reunión.

La gran huelga en la Fábrica Báltica de Vagones fue parte de aquel movimiento huelguístico de julio.

El Partido Socialdemócrata de Riga hacía valer su influencia para aprovechar al máximo las posibilidades de la "libertad de reunión", obtenida sólo por el término de un mes, y mantener así a los trabajadores lejos de la calle. Todas las grandes fábricas de la ciudad se convirtieron en enormes salas de reunión donde las asambleas duraban desde las primeras horas de la mañana hasta la noche. Se hacía sólo una pausa de dos horas al mediodía.

Así prosiguió la situación por espacio de casi dos semanas. Se había conquistado una tribuna que permitía llevar el evangelio de la libertad hacia las masas. Por un corto espacio de tiempo habíamos reivindicado la libertad total de la palabra.

En estas asambleas hablé muchas horas diariamente. Pasaba siempre todo el día en la fábrica. Los trabajadores me proveían de todo lo que yo necesitaba. Y luego la cafetera hacía su recorrido, de boca a boca, y el café me sabía excelente; tomaba siempre sorbo largo que los obreros me concedían alegremente en consideración a mi condición de orador.

El tanto hablar terminó, sin embargo, por estrepear de tal modo mi garganta, que con posterioridad a la huelga debí confiarme al tratamiento de un médico especialista.

La policía no intervino en las asambleas, aunque disponía para ello de militares y cosacos. La policía sabía muy bien que los trabajadores de Riga habían conquistado su "libertad de asamblea" en todas las grandes fábricas. En la Fábrica Báltica de Vagones la gerencia, por petición de los obreros, estaba presente en el local de asamblea; habíamos asignado bastante importancia al hecho de que las negociaciones entre la gerencia y los delegados de los obreros tuvieran lugar públicamente y en presencia de todos los trabajadores. Aquello resultó ser de probado y extraordinario

rio valor de agitación. La gerencia llegó acompañada de un alto funcionario de la policía. Este pudo así ver lo que acontecía, pero tuvo que abandonar la reunión cuando los trabajadores en forma enérgica lo exigieron.

La policía sabía entonces exactamente lo que pasaba y no intervino: la lógica de la injusticia, la lógica de la sujeción del pueblo se había tornado ahora en desatino. La voluntad de libertad era la voluntad de las masas, y combatir contra ella tenía que parecer absurdo.

Así habían reivindicado los trabajadores de Riga su libertad de reunión aun antes que el famoso Manifiesto del 30 de octubre la proclamara solemnemente en nombre del Supremo Gobierno. La libertad de reunión de los obreros de Riga permaneció incólume, sin interrupción, desde julio hasta octubre... Lo cual, por cierto, no quiere decir que gozáramos de libertad total para el movimiento obrero. Tuvimos siempre que luchar con trucos contra las gerencias de las fábricas y contra las autoridades policiales, para poder conservar o reconquistar tal libertad.

II. ENTRE LOS OBREROS JUDIOS

En casi todas las partes del mundo los judíos han conservado el idioma que hablaban en la Edad Media en el *ghetto* alemán, el llamado *yiddish*. Es cierto que durante la migración de los judíos hacia los países de Europa oriental el *yiddish* del *ghetto* alemán sufrió múltiples cambios; palabras polacas, rusas y hebreas fueron incorporadas en el vocabulario del dialecto alemán medieval. Así, el dialecto alemán del *ghetto* siguió sus propios caminos evolutivos. Pero el *yiddish* siempre quedó como dialecto *popular*. Todo judío que se asociaba a la cultura de la nación en la cual vivía se deshacía del *yiddish* como de una mácula de incultura, e incluso como de una mácula vergonzosa; ello sucedía aun en los casos en que tal judío continuaba siendo miembro fiel de la comunidad judía, y lo mismo si llegaba a ser portavoz de la idea judía nacional.

Con el ascenso espiritual de amplias masas populares judías, en especial con la formación de un proletariado judío con aspiraciones culturales, los intelectuales judíos comenzaron a prestar su interés al verdadero problema del idioma del pueblo judío, con preferencia en los Estados Unidos de América y en Rusia. Surgieron novelistas judíos de alta calidad que escribían en *yiddish* y que supieron reemplazar, rápidamente, la literatura *yiddish* de pacotilla que en la segunda mitad del siglo XIX era el único sustento es-

piritual de las masas judías en Polonia y Lituania. A fines del siglo XIX comenzó a prosperar en los Estados Unidos y en seguida también en Rusia el diario en yiddish. Aparecieron diarios en yiddish cuya tirada era de cien mil ejemplares; se imprimieron también muchas revistas en yiddish. Se publicaron textos populares de ciencias naturales y escritos socialistas en yiddish. Así se produjo, en el curso de tal vez uno o dos decenios, un cambio verdaderamente revolucionario en el mercado de libros de las masas judías que hasta entonces era dominado por el devocionario en antiguo hebreo y por el "librito de cuentos" en yiddish de pacotilla. En todo esto, los socialistas judíos abrieron nuevas vías y horizontes.

Entre los socialistas judíos se ha discutido extensamente la cuestión de si la evolución de la literatura, en el amplio sentido de la palabra, en el idioma yiddish es indicativa de que este idioma está en camino de transformarse en lengua *propia judía y de estabilidad relativa*. El hecho de que los judíos rusos hablan el yiddish en múltiples y muy característicos dialectos no sería contrario a tal suposición. Considero que ya ahora el yiddish usado como *lengua literaria* escrito e impreso con letras hebraicas, es común a todos los judíos que hablan el yiddish y accesible a todos ellos. Por cierto, el hecho de que los intelectuales judíos siempre se asimilan, *en cuanto al idioma*, al ambiente no-judío, seguirá contribuyendo inevitablemente a contrarrestar y desbaratar toda tendencia hacia la adopción del yiddish como lengua nacional judía. Sin embargo, no conviene perseverar en detalladas discusiones sobre las tendencias evolutivas lingüísticas [como lo demuestran con toda claridad los acontecimientos lingüísticos en la URSS].¹ Es siempre la *historia evolutiva toda* del pueblo la que tiene la última palabra en cuanto a eso...

¹Lo que está entre corchetes fue agregado en el texto en tellano.

Cuando comencé a participar en la labor revolucionaria, me impresionaba mucho la posibilidad de que la misma organización socialista se encargara de la propaganda en diversos idiomas, como lo exigía un centro industrial de las provincias bálticas y en especial, la ciudad de Riga. La actividad de una organización revolucionaria socialista debe ser siempre internacional, también en sentido lingüístico. Así acepté la proposición del Comité socialdemócrata ruso en Riga, al cual yo pertenecía, para ocuparme de la propaganda también entre los judíos, a pesar de que la organización de los socialistas judíos, el llamado Bund, independiente del Partido Socialista ruso, ya realizaba entre los obreros judíos en Riga una labor amplia y exitosa. Al aceptar la proposición del Comité socialdemócrata ruso estaba, por cierto, muy consciente de que yo no hablaba el yiddish. Pero pensaba que hablar el yiddish significaba simplemente hablar mal el alemán. Con esa convicción procedí a la "labor" entre los obreros judíos.

Mi primer discurso ante obreros judíos lo pronuncié el 1.º de mayo. Fue en la noche del 1.º al 2 de mayo cuando nos reunimos en un tupido bosque. No había un camino que condujera al lugar de la reunión. Para facilitar la llegada, los camaradas tendieron un cordón en la espesura del bosque. También era necesario atravesar una fosa; los camaradas tuvieron que tender un pequeño puente para ello. Una suma prudencia en la selección del lugar de reunión era inevitable si no queríamos ser sorprendidos por la policía y los cosacos. En la reunión participaron obreros judíos, letones y rusos.

El cuadro que ofrecía esa reunión nocturna en el bosque tupido era de una gracia peculiar. Un hormiguero de gentes que apenas se veían en la profunda obscuridad nocturna; un murmullo de voces desconocidas. Sólo de vez en cuando un fósforo encendido o un cigarrillo iluminaba a un pequeño grupo de personas. Veía entonces a los audaces jóvenes obreros

judíos, en sus altas botas, movedizos, vivaces, nerviosos, obreros como no se los conoce en Europa occidental. Entre ellos había también algunas pocas obreras. Estaban sentadas o de pie, apoyadas en gruesos bastones.

Después del discurso, entonaron en yiddish una canción revolucionaria. Era al mismo tiempo un canto de sufrimiento y un canto de lucha:

*Briden un Schwester in Arbeit un
Neut,*

*alle vos sanen zeseit un zespreit,
zusammen, zusammen. . .*

*(Hermanos y hermanas en el
obrar y en la miseria,*

*todos quienes están separados y
diseminados,*

Uníos, uníos. . .)

¡No era una “linda” canción! De ningún modo. Pero, eso sí, se oía y se sentía la pujante cólera de muchas atormentadas que en tonos altos, cortantes y estridentes expresaban sus quejas reprimidas por tanto tiempo, llamando a la lucha en común al “cristiano y judío, ambos esclavizados” (*verschklavter Christ un Jd*).

Después, cuando oía esta maravillosa canción entonada por obreros judíos, me sentía siempre presa de la misma inquietud y nerviosismo como en aquella noche oscura de mayo en el tupido bosque, donde por primera vez estuve en contacto con obreros socialistas judíos y me di cuenta de su firme y airada voluntad de luchar. Era ésta la voluntad colectiva de la cual se confundía cada uno de los obreros.

En seguida, en la labor de propaganda de todos los días, conocí los diversos tipos individuales de entre los obreros judíos. Eran los zapateros, relojeros

hojalateros, sastres, encuadernadores, empleados de almacén, aprendices, de ambos sexos, empleadas de casa, etc. Los unos concebían y apreciaban el socialismo como oposición, nada más, simplemente oposición como tal, igual que fumar y llevar bastón el día sábado, lo que no se le permite al judío ortodoxo. Para los otros, la discusión en el grupo de propaganda revolucionaria era una nueva revelación, como lo fuera antes la lectura del Talmud. Zapateros y vendedores de almacén asimilaban con fervor ardiente los llamados a la lucha revolucionaria, y era para ellos un verdadero regocijo conocer las hermosuras lógicas del pensamiento marxista. El maestro de religión judía que cambió la Biblia por las obras de Marx; el estudiante universitario, proletario judío, en uniforme viejo y roto, que se ganaba la vida trabajosamente dando clases particulares, participaba en la propaganda entre los obreros judíos y rusos, y se dedicaba a la química, mecánica o ingeniería en el poco tiempo que le quedaba libre. Y por último, los obreros judíos, con esa actitud desafiante del "lumpemproletariado", inclinados desde un principio al anarquismo en actitudes y lucha, pero obedeciendo en seguida dócilmente a las exigencias de la lucha revolucionaria socialista propagada por el *Bund*.

De esclavos y parias que eran hasta entonces los judíos pobres, se sentían ahora unidos a aquellos millones de no-judíos con los cuales iban juntos en la lucha por la libertad. Juntos con los no-judíos de los cuales habían estado separados hasta entonces por un abismo ahondado durante dos milenios. Esclavos, parias que de repente se habían transformado en hombres llenos de una orgullosa conciencia de vencer, y esa conciencia emanaba del concepto socialista como absoluta necesidad histórico-social...

Me correspondió trabajar entre los obreros judíos por un tiempo relativamente corto. Tuve que darme cuenta de que estaba muy equivocado en cuanto a mis posibilidades de entenderme con ellos sin saber

el yiddish. Era un sábado por la tarde, en un luminoso día de julio, en un bosque lejos de la ciudad. Fui encargado de dar para los obreros judíos una conferencia sobre el derecho electoral general. En seguida los obreros se quejaron ante el Comité del Partido, declarando que lo que yo consideraba yiddish era simplemente alemán; solicitaron al Comité un orador en auténtico yiddish. Así terminó mi misión entre los obreros judíos en Riga. En los importantes días de octubre, los obreros judíos tuvieron la oportunidad de escuchar a brillantes oradores en auténtico yiddish y pertenecientes al *Bund*.

III. ENTRE LOS JUDIOS BURGUESES

A fines de septiembre de 1905 habían comenzado los preparativos para la elección de la Duma. Según la ley electoral, en su forma primitiva, los obreros, prácticamente, no tenían ningún derecho a voto en las elecciones para la Duma. Así se originó, de manera casi general, el concepto de que las elecciones debían ser boicoteadas por los trabajadores. Estos deberían no sólo abstenerse de votar, sino que las elecciones tenían que ser impedidas por los trabajadores.

No todas las diversas corrientes de la socialdemocracia rusa compartían este punto de vista. Pero ése era el consenso general, aunque nadie tenía una idea clara de cómo podrían los trabajadores impedir las elecciones "en forma activa", como rezaba la proclama. El primer paso era convencer a los "liberales" de que la abstención del voto favorecía también sus intereses. Y cuando los votantes judíos liberales de Riga anunciaron su mitin electoral para los primeros días de octubre, los camaradas resolvieron introducirse en esa manifestación, para agitar el ambiente entre los liberales en favor del boicot a las elecciones. Como los judíos de estratos económicos acomodados en las provincias bálticas tenían por lengua materna el alemán, fui seleccionado por los camaradas como orador para esa ocasión.

El mitin, que tuvo lugar en la casa del Gremio de Comerciantes de Riga, fue autorizado por las au-

toridades sólo bajo la condición de que el Comité de sufragio permitiese el acceso exclusivamente a aquellos con derecho a voto. Puesto que yo como estudiante de medicina no tenía derecho a voto, no me restaba otra cosa que introducirme de forma más o menos ilegal en la reunión. Para comenzar, traté de procurarme una tarjeta de admisión del Comité de sufragio a través de relaciones personales. Los señores, en principio no objetaban que personas sin derecho a voto, pero solventes, participasen en la reunión. No obstante cuando se enteraron de que la tarjeta que yo había solicitado a través de un mediador era para mí, conocido por ellos como socialdemócrata, me la negaron. De modo que me vi obligado a apropiarme virtualmente de una tarjeta de admisión que estaba destinada a un comerciante amigo y que cayó por casualidad en mis manos.

Entré a la reunión, la cual contaba con la asistencia de algunos cientos de judíos, especialmente comerciantes, médicos y abogados. También estaban presentes algunos socialdemócratas del *Bund*, la Federación de trabajadores judíos. Luego que la asamblea hubo elegido un Presidium formado por diecisiete (17) personas, con el fin de no ofender a ninguno de los que podían tener pretensiones a un asiento en el Presidium, comenzó la sesión.

En primer lugar, el presidente de la asamblea invitó a los presentes a ponerse de pie en homenaje a recién fallecido príncipe Trubetzkoi, uno de los líderes de los representantes liberales de los *zemstvos*. Para los liberales en toda Rusia, eso era una manifestación revolucionaria, ya que Trubetzkoi, unos meses antes de su muerte, había estado junto a otros miembros de la mayoría liberal-aristocrática de los *zemstvos* con el zar para expresar a la más alta instancia de

¹*Zemstvo*: Asamblea o parlamento provincial de los nobles en Rusia zarista.

país el deseo de los *zemstvos* de que se promulgara una Constitución. Sin embargo, los revolucionarios consideraban esta rogativa liberal expresada al zar como un acto reprochable: nuestra lucha inevitablemente violenta contra el absolutismo nos cegaba frente al gran significado que podía haberle a esta petición de los liberales en el ulterior desarrollo de la revolución. Los socialdemócratas judíos quisieron protestar contra el homenaje a Trubetzkoi y expusieron diversas consideraciones revolucionarias en este sentido. Para los centenares de judíos, que por primera vez en su vida participaban allí en una asamblea política, se trataba de cosas totalmente nuevas y aguzaban el oído. Algunos manifestaron su aprobación con aplausos para los socialdemócratas, sobre todo cuando los planteamientos del orador tenían un tinte radical. Pero en la hora de las decisiones hicieron lo que quería el Presidium de los diecisiete.

Ya no me recuerdo cómo fue que se planteó el asunto de la distribución de las tarjetas de entrada para esta reunión. Me decidí a exponer mi historia, contando que se me había negado la carta de entrada por ser yo un socialdemócrata. Si era verdad que formalmente yo no tenía derecho a reclamar una carta de entrada, en todo caso estaba consignado el hecho de que el acceso a los socialdemócratas estaba vedado de modo intencional. Los judíos presentes allí interpretaron lo dicho por mí como "no perteneciente al tema" y proclamaron que yo era nada más que un aguafiestas revolucionario. El presidente de la sesión me privó incluso del derecho a voz; pero no quise aguantarlo y proseguí con mi discurso. Fui interrumpido y mis detractores saltaron de sus asientos, chillando y gritando estentóreamente. Un viejo y rico comerciante saltó sobre una silla, y agitando los brazos rompió a gritar repetidas veces: "Abajo ese perro loco". Un dentista, con el que me había sometido hacía poco a tratamiento, manifestó, compasivo, sus dudas con respecto a mi responsabilidad. Mis primos

desaparecieron en los rincones más alejados de la sala. Por fin, al cansarse aquellos dignos señores, la asamblea tomó un curso más sereno.

Por muy precaria que fuera la instrucción política de los burgueses judíos en las provincias bálticas, pronto tuvieron que darse cuenta de que los socialdemócratas tenían cosas más cuerdas que decir que los liberales. Tanto más cuanto que los señores liberales judíos que figuraban como oradores demostraban una penosa desorientación en asuntos políticos. Luego que se hubieron calmado de la excitación que provocó mi intervención, procedieron a escuchar tranquila y prudentemente a los oradores socialdemócratas y sus discursos acerca del boicot a las elecciones de la Duma y llegaron a aplaudirlos. También se me dejó hablar de nuevo a mí, e incluso rubricaron mis palabras con aplausos.

Hasta ese momento se había hablado sólo alemán. En ese punto de la discusión, un estudiante judío pobremente vestido tomó la palabra. Hablaba en yiddish, con ese humor sutil que sólo es propio de los dialectos populares. Creo que en ese momento los judíos olvidaron la discusión y las diferencias entre liberales y socialdemócratas, enfrentados al genial humor judío de que hacía gala el joven orador. Los participantes se habían levantado de sus asientos, afluyendo a la tribuna y rodeándola masivamente. Los pude ver escuchar con gran unción al orador en su jerga yiddish.

Cuando el orador hubo concluido, se acercó a mí un comerciante a quien ya conocía, y tomándome de la oreja como a un niño, con afecto, me expresó sus sentimientos en un tono de confidencia: "Oiga, usted; está todo muy bien lo que han dicho usted y ese estudiante. Es muy lindo lo que quieren los socialdemócratas. Pero, no obstante, queremos participar en la elección. Tal vez sea para mejor, no se puede saber exactamente, tal vez sea mejor..."

Ese "tal vez sea mejor, no se puede saber", esa

frase ha sido siempre el emblema de toda política liberal. Y mientras exista el liberalismo burgués, esta carencia de principios seguirá siendo el único principio de toda política burguesa liberal.

La Duma de la cual entonces se trataba, nunca se realizó, como es sabido. La revolución de octubre de 1905 había barrido con la primera ley electoral. Así permaneció en ese tiempo la duda de si con el boicot organizado por los socialdemócratas frente a las elecciones para la Duma se hubiera logrado más que con la participación en ellas. Pero los sucesos que se encadenaron a la Duma después de la revolución de 1905, vale decir, a la primera y segunda Duma, demostraron que el proletariado nunca debe dejar pasar una oportunidad de participar en elecciones de organismos públicos, por más restringido que sea el derecho a voto. Lo básico es entrar en la lucha electoral, pero, *siempre con la conciencia de clase*; con la plena conciencia, además, de que el proceso electoral no persigue solamente el fin inmediato de conseguir a duras penas un par de representantes, sino que además es un medio para ganar influencia en las masas populares para nuestras ideas socialistas, y para poder elevar la voz en el Parlamento mismo en pro de una expansión de los derechos del pueblo.

Algunos días después de la asamblea de los burgueses judíos tuve la oportunidad de hablarles por segunda vez acerca de la revolución, ahora en la sinagoga.

IV. EN LA SINAGOGA

Para llevar el pensamiento revolucionario hasta las masas populares, los camaradas de las provincias bálticas debieron recurrir a todos los medios disponibles. Hablaban en lugares públicos, bosques, fábricas y, finalmente, también en las iglesias.

Los camaradas de Riga habían resuelto a comienzos de octubre que yo pronunciase un discurso ante los judíos en la sinagoga, en un día de importante festividad sacra. La sinagoga de Riga, que podía acoger a algunos miles de personas, era para los camaradas judíos un lugar especialmente preferido como adecuado para conferencias revolucionarias. Esta vez debía ser un discurso en alemán, para atraer la atención de los sectores burgueses judíos hacia los entonces candentes problemas de la revolución.

Había que tomar primero algunas medidas organizativas para que en la sinagoga pudiese pronunciarse una conferencia. Teníamos que evitar que durante el discurso alguien pudiera abandonar la sinagoga y llamar a la policía. Así, durante el acto, el templo debía permanecer cerrado y nadie podía abandonarlo. Para este efecto se apostaba ante el portal interior una guardia de trabajadores, todos ellos escogidos, que tenían la misión de detener a los que quisieran abandonar el recinto.

Luego de que el Comité del Partido había comunicado a las diferentes "instancias" del mismo la de-

cisión de efectuar un discurso para la próxima festividad importante y que la brigada de vigilancia debía entrar en acción para guardar la salida de la sinagoga, realizamos un consejo para discutir qué forma de disfraz se debía usar para mí. En el templo había gente de todos los estratos de la población judía, y por lo tanto era conveniente que yo no fuese reconocido. De lo contrario no habría podido permanecer un día más en Riga después de mi intervención. Eran los primeros días de octubre, y el "Manifiesto", del cual hablaremos en el capítulo VI, aún no había aparecido. Determinamos que yo debía usar una barba postiza y lentes oscuros. Un camarada ruso, entusiasta actor de escenarios aficionados, se ofreció para camuflarme.

En una vivienda subterránea del barrio judío transcurrió la operación. El camarada Jorge, como se llamaba el alegre actor ruso, tomó su trabajo con especial aplicación y dignidad. Con solemne seriedad recortó los mechones de cabello negro ya dispuestos sobre la mesa, adhiriéndomelos con una substancia a las mejillas y barbilla. "Excelente, fantástico, irreconocible. Por el demonio, jamás me había resultado tan bien como esta vez. Está usted transformado en un perfecto rabino, mi querido amigo. Ahora sólo faltan los anteojos. ¡Pero qué bien!" Y diciéndolo me golpeó el hombro y se frotó con satisfacción las manos.

Mientras estaba ahí sentado y el locuaz camarada Jorge cortaba, pegaba y maldecía, echaba yo un vistazo a la vivienda judía en que me encontraba. Frente al sofá de madera sin respaldo en el que yo estaba sentado, delante de la ventana que daba a un patio sucio, había una mesa rectangular. El barniz de la madera de la mesa había desaparecido, y sobre la superficie había sido extendida una cubierta blanca tejida a crochet. La ventana estaba agrietada y en algunos lugares faltaban los vidrios, sustituidos por rones de papel blanco pegado. Junto al muro, a la derecha de la ventana, había una vieja cómoda color marrón con dos lámparas de latón bien bruñido. De

trás, junto al muro opuesto a la ventana, una cama de acero, de aspecto ruinoso, cubierta por colchas toscas, abigarradas. En el cuarto flotaba un olor de moho y humedad. No vi a los dueños de casa; se encontraban en ese momento en la sinagoga. La salida conducía a un vestíbulo en penumbras, pasando por algunas gradas de madera, ya gastadas. El cuarto mismo no podía ser cerrado; aparentemente, en el patio vivía sólo gente "nuestra", que no robaba ni delataba...

Pues bien, camuflado como un rabino, parecía como hecho para una prédica desde el púlpito de la sinagoga. Evidentemente, el ruso había hecho bien su labor, y debo haberme visto muy natural con barba y anteojos. Cuando salí a la calle, un hombre me detuvo, preguntó por el camino y me agradeció la información. Un colega médico, ya informado sobre las cosas, vino a la sinagoga para verlas, y me encontró tan parecido a un rabino polaco, que mirando a través de mis lentes oscuros creyó que bien podría diagnosticarme un tracoma.

Yo había llegado demasiado temprano a la sinagoga, y los camaradas que organizaban el acto me dijeron que esperara algún tiempo en el patio de la sinagoga. Me retiré a un rincón tranquilo. Pero la gente que iba de un lado a otro, muchos de ellos trabajadores que sabían que ese día se pronunciaría un discurso en el templo, elegían todos el camino que pasaba por mi tranquilo rincón, para poder ver de cerca al "orador". Y algunos que al acercarse veían que yo estaba metido en un atuendo teatral, se aproximaban aún más y permanecían por un momento de pie, para poder contemplarme en detalle en aquel fantástico disfraz. En seguida recibí la señal de los camaradas para entrar en el templo.

Me dirigí del portal al púlpito de la nave central. Desde el púlpito, a través del silencio de la sinagoga, llegaba hasta el portal el murmullo de la lectura de las oraciones, como si viniera de muy le-

jos. Los camaradas, algunos trabajadores que yo no conocía, me condujeron por un largo pasillo entre las naves central y lateral de la sinagoga, hasta el púlpito. En el camino, inmediatamente antes del púlpito nos cruzamos con un hombre de traje negro, corbata blanca y sombrero de copa, el cual trataba de pasar en dirección a la salida. Los trabajadores le cerraron el paso. "Tengo mujer e hijos", dijo suplicante y en tono lloroso. Evidentemente, este caballero no había reconocido desde los primeros bancos frente al púlpito, donde los judíos pudientes tenían sus asientos arrendados; nos había reconocido como revolucionario y lo había invadido un miedo cerval a verse complicado en un movimiento revolucionario si permanecía en la sinagoga. Sin embargo, no le sirvió de mucho invocar a su mujer e hijos. Uno de los trabajadores le dijo en el tono apagado en que se habla siempre en un templo: "¡Nadie puede pasar!" Esto de una manera tan serena, impersonal y definitiva, como un funcionario de ferrocarriles comunicaría a alguien que su tren partió ya hace diez minutos, o como se acostumbra a notificar un hecho consumado. El hombre del sombrero de copa debió volver a su asiento.

Tenía que comenzar el discurso. Subí al púlpito en el centro de la sinagoga. Cuatro o cinco señores luciendo sombreros de copa, de pie alrededor de una mesa, leían oraciones de un pergamino desenrollado. Un lado de la mesa estaba el *shames*, de birrete negro, que es un funcionario de la sinagoga a quien corresponde organizar y dirigir los servicios religiosos sin intervenir directamente en el culto, ya que es laico. Dijimos al *shames* que éramos socialdemócratas que habíamos venido a pronunciar un discurso que duraría no más de media hora. Su rostro se iluminó con una sonrisa serena y amistosa, replicando: "¡Tron vez pudiera esperar un poco, ahora se lee..." y nombró una oración, cuya santidad yo desgraciadamente desconocía, así como su nombre. Le dije que no podíamos esperar, ya que el asunto debía transcurrir en

la máxima celeridad para evitar incidentes. Entonces, el *shames* se volvió hacia los señores que leían el pergamino, les susurró algunas palabras y golpeó con la mano abierta sobre la mesa del púlpito, como lo hace siempre el *shames* en la sinagoga cuando hay que comunicar algo a la comunidad o atraer su atención sobre una oración o prédica; dijo como de costumbre "Señores", en hebreo, y yo pude comenzar mi discurso.

Nunca había tenido ni volví a tener un auditorio que me escuchase tan tensa y expectantemente como aquellos judíos en la sinagoga. Reinaba un silencio total y me sobresalté al oír mi propia voz cuando la escuché en las amplias y altas salas del templo. Y en el momento en que había terminado la conferencia, estalló una suerte de rompiente de mar: una baráúnda de mil voces que afluían desde todos los rincones hacia el púlpito donde yo estaba. Bajé del púlpito y abandoné la sinagoga.

En la *toilette* me esperaba el fiel camarada ruso: "Muy bien, excelente, los socialdemócratas somos capaces...", me golpeaba en el hombro y seguía celebrándome, aunque naturalmente no había entendido nada de mi discurso, ya que no sabía alemán. Luego me ayudó a remover mi barba postiza, de modo que quedé allí nuevamente privado de mi dignidad eclesiástica. Al cruzar el patio hacia la puerta, pude divisar a los judíos saliendo en masa de la sinagoga. Algunos, reconociéndome, me estrecharon la mano con afecto...

Al entusiasta joven ruso que preparó mi disfraz no lo volví a ver jamás. A comienzos de 1906 fue ejecutado después del levantamiento de Cronstadt...

La barba y los anteojos, empero, no contribuyeron mucho a ocultar mis rasgos. El mismo día de la conferencia en la sinagoga me detuvieron en la calle muchos ancianos judíos de barbas grises, para expresarme sus agradecimientos por mi discurso y estrecharme la mano.

V. LOS OBREROS ALEMANES

En su lucha contra el ascenso del proletariado, las clases dominantes siempre se esforzaron por sacar provecho de las contradicciones nacionales. Por otra parte, siempre que se trataba de la lucha revolucionaria de la clase obrera, la idea de la solidaridad internacional iluminaba los cerebros de los obreros.

Este hecho se destacó más que nunca en el más importante acontecimiento histórico de nuestra época: en la gran Revolución Rusa. Ello por dos razones.

Primero: Rusia es la patria de una "nación internacional". La nación rusa está formada por más de cien naciones que pertenecen a diferentes razas y que se diferencian entre sí grandemente por sus condiciones sociales y culturales. La mayoría numérica está constituida por los "rusos" (o mejor dicho, los "rusos mayores"), pero éstos apenas representan algo más de la mitad del total de la población.

Segundo: dentro del marco de esa gran nación con tantas contradicciones nacionales se desarrolló un enfrentamiento social y político, el cual, por su crudeza, superó todo lo que nos pueda contar la historia de las luchas revolucionarias; una lucha contra el absolutismo que en más de seiscientos años se había convertido en un imponente coloso, después de pasar, en la Edad Media, por la escuela de los déspotas tártaros asiáticos, y que más tarde, en los dos siglos que siguieron a Pedro el Grande, supo aplicar todos los medios

administrativos y militares de poder ofrecidos por la cultura europea. Se trataba de una lucha contra el absolutismo que había creado y educado a un verdadero y enorme ejército de empleados públicos que dependían de la existencia de ese absolutismo y que estaban ligados a los intereses de ese mismo sistema. Se tuvo que combatir contra un absolutismo que en los últimos decenios del siglo XIX había hecho todos los esfuerzos imaginables para adaptarse a las tareas de un moderno Estado *capitalista*, sin perder su verdadera naturaleza *feudal*.

Tuvo que ser una lucha violenta que exigía el concurso de todas las fuerzas disponibles. Y los obreros de las diversas naciones de Rusia mostraron que estaban espiritualmente preparados para esta lucha: la solidaridad proletaria alcanzó sus mayores triunfos en la praxis revolucionaria. Esta solidaridad se había convertido en algo normal y natural, la misma que, más que ser demostrada por el agitador revolucionario, necesitaba sólo ser registrada por el historiador. La lucha revolucionaria de la clase obrera de Rusia forjó el anillo de hierro de la solidaridad alrededor de todas las naciones del país.

En medida modesta, también el obrero alemán hizo su contribución en Rusia para esa gran tarea.

Narraremos algunos hechos interesantes de la labor socialdemócrata entre los obreros alemanes en las provincias del Báltico.

El obrero alemán fue sólo como una modesta ola murmurando en medio del agitado mar que era el movimiento obrero revolucionario en la región del Báltico. Si se quiere hablar del movimiento obrero alemán en Letonia, es necesario recordar las luchas sostenidas por la clase obrera de las distintas nacionalidades en Letonia en el año 1905. En primer lugar estaban los mismos obreros letones, a los cuales se unieron luego los rusos, los judíos y, finalmente, también los alemanes...

Los primeros camaradas alemanes fueron los tipógrafos de Riga.

Una gran ola de huelgas se esparció por toda Rusia después de los acontecimientos del 22 de enero en San Petersburgo, en los que la clase obrera de Rusia tuvo su bautismo revolucionario. Esta ola alcanzó también a los tipógrafos de Riga. Entre ellos, el elemento alemán estaba fuertemente representado.

Entre los varios cientos de miles de alemanes que viven en las provincias del Báltico, el número de obreros es pequeño. En general, los alemanes trabajan en profesiones que aún llevan el sello de lo artesanal. En las grandes fábricas de Riga hay a veces varios centenares de alemanes entre una gran mayoría de obreros letones e inmigrantes de Lituania y de Rusia. Pero entre los tipógrafos de los periódicos alemanes, el número de obreros alemanes tenía que ser elevado por razones de idioma.

En enero de 1905, los tipógrafos sostuvieron una larga huelga que, al final, les trajo algunos éxitos bastante apreciables. Consiguieron acortar la jornada de trabajo a nueve horas. Un éxito semejante había sido logrado, en enero de 1905, por los obreros de la mayoría de las grandes fábricas de Riga.

Esta primera lucha de los proletarios en Riga les abrió el camino hacia el Partido Socialdemócrata. La presencia de algunos tipógrafos organizados que habían emigrado de Alemania, facilitó, por cierto, el establecimiento de los vínculos entre los tipógrafos alemanes de Riga y el Partido Socialdemócrata. Estos tipógrafos alemanes recibían también regularmente el órgano oficial de su asociación.

Durante varios meses fueron ellos los únicos camaradas alemanes presentes en la socialdemocracia políglota de esa región del Báltico, es decir de Livonia y Curlandia.

Era un día de julio, en la Fábrica Báltica de Vagones de Riga. Yo había bajado de la "tribuna" de los oradores, esto es, de un barril de aceite, para hacerle lugar a mi camarada letón. De pronto, desde arriba, de la galería de la sala, alguien pidió la palabra. Era un venerable obrero de bastante edad, con abundante barba gris; ante el asombro de todos, habló en alemán. Dijo que la socialdemocracia había descuidado completamente a los obreros alemanes; que en las asambleas sólo se hablaba en ruso y en letón; que no había literatura de agitación para los obreros alemanes, y que todo eso tenía que cambiar; que los obreros alemanes eran proletarios como todos los demás.

Eran tal vez las primeras palabras alemanas que se escuchaban en una gran asamblea de obreros en Letonia. La enorme asamblea expresó con un formidable aplauso su satisfacción por el hecho de que entre los obreros alemanes se dejase sentir el deseo de unirse a la Internacional. Quien ha sido testigo de esta asamblea difícilmente podrá olvidar la profunda impresión que produjo en los obreros tal manifestación de solidaridad internacional.

Por deseo de los obreros alemanes tenían lugar a partir de entonces, todos los días, reuniones alemanas en la Fábrica de Vagones y también en otras fábricas. Los temas relativos al "derecho general e igual al voto" y a la "situación política" constituían la parte principal de todos los discursos, que eran escuchados con avidez por unos doscientos obreros alemanes que trabajaban en la Fábrica de Vagones.

Desde entonces los obreros alemanes me acosaban continuamente para pedirme literatura de agitación en idioma alemán. Lo que más pedían era, como decían ellos, una "hojita" y canciones. La organización del Partido hizo publicar proclamas también en alemán, pero sólo podían ser hectografiadas. Mucho buena acogida encontró *Quién Saca a Luz el Oro*, una canción de los obreros que se pudo imprimir en debida forma. Esta composición musical hacía tiempo

que era conocida por los camaradas letones en una buena traducción. También los rusos la cantaban. Y era siempre algo emocionante cuando una misma canción era entonada, en distintos idiomas a la vez, en una gran asamblea.

Después de cierto tiempo recibimos una gran cantidad de textos de agitación en alemán. Así empezó una agitación regular entre los obreros alemanes, en pequeños círculos, en los que se hacía una intensa propaganda socialdemócrata. En esas reuniones se encontraban los obreros alemanes de casi todas las fábricas de Riga.

Gracias a este estrecho contacto con el movimiento proletario de Letonia, los obreros alemanes de Riga mostraron que no tenían nada en común con los *junkers*, o “bandidos nobles”,¹ y demagogos alemanes del diario *Düna-Zeitung*, que era subvencionado por el gobierno ruso y que pretendía ser el defensor de los alemanes de Livonia contra los letones.

Los *junkers* se pusieron muy nerviosos y alzaron el grito al cielo. Durante la primera gran asamblea de obreros alemanes, en julio, el diario *Düna-Zeitung* escribió que los obreros deberían agarrar del pescuezo a los oradores y entregarlos a la policía. Esos agitadores habían tenido la osadía de hablar incluso ¡del derecho general al voto! ¡Y nada menos que también para elegir a los diputados de la Municipalidad! Todo eso era intolerable para el diario *Düna-Zeitung*.

Algunos meses más tarde, en octubre, fui trasladado a Liépaya. Era una época de intensa agitación, en la que el proletariado ruso se preparaba febrilmente para su lucha. Los camaradas del Partido en Liépaya tenían la intención, siguiendo el ejemplo de Riga, de organizar en una de las grandes fábricas, en la que había más de mil quinientos obreros, una asamblea

¹Me sirvo de las palabras de Von Rutenberg, a cuyo libro nos referiremos al final de este capítulo. *Adlige Räuber*, en alemán.

destinada a discutir el derecho electoral para la primera Duma.

En esta asamblea de Liépaya se habló en ruso y en letón. Cuando ya se estaba por levantar la sesión, de repente salió de entre la multitud un obrero y vino hacia nosotros: “Que se hable también en alemán; hay que hablar en alemán, aquí hay más de doscientos obreros alemanes...” Y —parece que así lo habían convenido— de todos los lados de la sala se oyó la misma exigencia: “Que se hable en alemán, que se hable en alemán...”

Cuando los acontecimientos de octubre hubieron aportado los primeros triunfos, los camaradas alemanes en Riga fundaron también una organización que estaba en estrecho contacto con la socialdemocracia letona. La agitación era intensa y se hacía sobre todo a través de literatura de diferentes tipos. Pero esta joven organización no podía hacer frente a los golpes violentos cuando la reacción volvía a despertar.

Durante las sesiones de la primera Duma, los camaradas de Riga intentaron crear un diario alemán socialdemócrata. Se llamaba *Baltische Volkszeitung* (*Diario Popular del Báltico*). ¡Pero pudo existir solamente cuatro días! Los *junkers* hicieron todo lo posible para poner fin a su vida. ¡Incluso los vendedores del diario fueron amenazados con revólveres!

También en Liépaya era muy intensa la agitación después de los acontecimientos de octubre. Varias veces tuvieron lugar en las fábricas asambleas de obreros alemanes. Además estaban en huelga varios gremios en los que los alemanes constituían la mayoría. Me acuerdo de que tenía contacto con pintores, albañiles, alfareros, camareros, etc. También aquí se preparaba la creación de una organización alemana. Una gran asamblea pública que con este fin debía realizarse en el Ayuntamiento (¡tan grande era la influencia de la organización del Partido en Liépaya durante la revolución!) fue impedida por la intervención de la policía.

Los camaradas rusos, letones y otros que actuaron como pioneros de la socialdemocracia tuvieron muchas dificultades para salir adelante y ganar a la masa de los trabajadores. Tuvieron que abrirse camino a costa de muchos sacrificios. Por el contrario, los obreros alemanes ganaban a sus agitadores por su propia voluntad. Y esto bien que lo sabían los *junkers* de la región del Báltico.

Eso tiene sus buenas razones. En una clase dominante y explotadora, pero destinada a desaparecer de la escena de la Historia, siempre hay elementos que dejan su propia clase y se pasan al lado de la clase explotada, desposeída, que busca la salida de su miseria. Siempre ha sido así en la historia de la humanidad. Pero entre los *junkers* y burgueses alemanes del Báltico casi no hubo hombres que hubieran captado por lo menos en cierta medida las ideas de la época en la que vivimos. Todos ellos se habían entregado con cuerpo y alma a la causa del despotismo agonizante. Casi ninguno de ellos se pasó al lado "del pueblo". Hace más de medio siglo hubo una excepción; era el báltico Otto von Rutenberg, que en los años 1859 y 1860 publicó en Leipzig su clásico libro, cuyo título es: *Historia de las Provincias Bálticas, de Livlandia, Estlandia y Curlandia*. Muy acertadamente dice Von Rutenberg acerca de los nobles bálticos de los siglos XII y XIII que se trataba de una "colonia de criminales, en la cual se refugiaron los vagabundos y malhechores de toda Alemania" (t. 1.º, pág. 157); eran "incendiarios..., criminales y vagabundos..., bandidos nobles" (t. 1.º, págs. 156, 245, 247). Von Rutenberg se refiere asimismo a los descendientes de estos "criminales", "bandidos nobles":

"Estos brutales y desleales señores condenaron también a sus propios descendientes a una brutalidad que habría de perdurar por varios siglos, pues la juventud que creció en medio de estas crueldades y de hombres despojados de todos los derechos, no pudo hacer otra cosa que repetir esa brutalidad y esa

crueldad, y fue incapaz de llegar a una cultura más sublime" (t. 1.º, pág. 423).

Los "bandidos nobles" bálticos de hoy, de hecho permanecen fieles a las tradiciones de sus antepasados, a las tradiciones de esos "criminales y vagabundos", "incendiarios", esos "bandidos nobles", a las tradiciones de la Orden de los Caballeros de la Espada, de la "colonia de criminales, en la cual se refugiaron los vagabundos y malhechores de toda Alemania".

Estas líneas fueron escritas por mí sesenta años atrás. De hecho, los "bandidos nobles" supieron dominar en las provincias bálticas rusas hacia la Revolución de Octubre en el año 1917.

VI. EL MANIFIESTO DE OCTUBRE

“Levántese, un manifiesto...”

Yo yacía en la cama, soñoliento, arrancado de mi sueño profundo; me restregaba los ojos, adoloridos por la fuerte luz que arrojaba una linterna sobre ellos. Ante mí estaba de pie mi amigo y colega Giebert, vestido con su vestimenta blanca de médico, las manos en los bolsillos, y una sonrisa bribona...

Yo me alojaba desde varios días donde mi amigo, al que no había visto por muchos años, en el Hospital Municipal, donde él trabajaba como médico. Yo había encontrado refugio donde él, y Giebert hacía todo lo posible para hacer agradable mi estadía forzosamente, la cual me había sido impuesta por problemas con la policía. Y ahora mi amigo, de ordinario tan afable, ejercitaba toda su picardía conmigo, sacándome bruscamente de mi sueño y engañándome con un “manifiesto”. Yo estaba terriblemente cansado; durante el día había tenido que pronunciar discursos en la estación del ferrocarril, ante los obreros y empleados en huelga, y luego, en la tarde, había hablado en una gran fábrica. Aparte de eso hubo importantes reuniones de partido, ya que los sucesos de San Petersburgo, como sabíamos por los diarios, se complicaban cada vez más, transformándose en una poderosa pugna entre el pueblo entero y el gobierno zarista.

Reaccioné con rudeza y le pedí a Giebert que me dejara dormir. Sin embargo, Giebert no cedió:

“Un manifiesto de San Petersburgo..., libertad

de reunión, libertad de prensa, derecho universal de sufragio... , una Constitución... , vístase en seguida. Los camaradas telefonaron preguntando por usted, se va a realizar una sesión del Comité del Partido esta misma noche... ”

Ahora comprendí todo. No podía ser simplemente una broma de mal gusto eso del Manifiesto... Me vestí aceleradamente y me dirigí hacia la ciudad, en medio de la noche oscura.

Las calles estaban desiertas. Cuando algunas horas antes había hecho el mismo camino de la ciudad al hospital, cosacos, dragones y policías llenaban las calles, de tal modo que no se podía pasar por una esquina sin tropezar con militares — el estado de guerra había sido proclamado en la ciudad ya en agosto. Ahora, en la noche, los soldados y policías habían desaparecido de las calles. Y en medio de la incertidumbre sentí algo misteriosamente amenazante en la tranquila obscuridad de la noche...

En la vivienda de un camarada se reunieron en el curso de la media hora siguiente los ocho o diez letones, judíos y rusos que dirigían el movimiento obrero de Liépaya. Aquí supe que efectivamente había llegado un manifiesto desde San Petersburgo y que las redacciones de los periódicos habían recibido el telegrama respectivo. La gran huelga de los ferrocarrileros y la huelga de todo el proletariado ruso de las ciudades habían logrado una victoria...

Surgía la pregunta de lo que debíamos hacer ahora.

Un rasgo interesante debe anotarse aquí. En Liépaya existían diversas organizaciones socialdemócratas, aquellas de los letones, judíos y rusos. Pese a las negociaciones de diversa índole, no se había llegado aún a una unión de las organizaciones socialdemócratas nacionales. Ahora, ante la confrontación con aquellos grandes hechos, se habían borrado todas las pequeñas. Cuando uno de los camaradas propuso que deberíamos unirnos y mantenernos unidos, se encontró en

pocos minutos la forma para la nueva organización: fundamos esa misma noche el "Comité Unido", que representaba a todos los trabajadores socialdemócratas de la ciudad. Así surgió el Comité Unido que desde el Manifiesto tuvo el liderazgo de la revolución en Liépaya y en la mayor parte de la provincia de Curlandia.

Fue un impulso natural que decidiéramos ocuparnos primero de la liberación de los detenidos políticos. Estábamos convencidos de que así sucedería al llegar a la prisión. Y para dar al asunto una apariencia suficientemente imponente, quisimos reunir a todos los trabajadores alrededor de la prisión. Distribuímos a los compañeros que podrían servir de oradores en diferentes fábricas en toda la ciudad. Ellos tenían la misión de conducir a los trabajadores de las fábricas a tres diferentes puntos de la ciudad, desde los cuales, luego, seguirían camino hacia la prisión. En estos tres puntos se harían discursos a los trabajadores. ¡En ese momento ya no era el caso de pensar en un trabajo en las fábricas!

En solemne estado de ánimo nos pusimos en camino hacia las fábricas. Eran las cinco de la mañana y aún estaba obscuro. Nuestro grupo fue primero por una calle estrecha, donde vivía un camarada al que había que sacar de su sueño y que también debía ir a una fábrica. Arrojando puñados de tierra a su ventana oscura, arriba en la casa, los camaradas letones consiguieron que la abriera y los obreros le gritaron entusiasmados la noticia. En seguida el camarada cerró de nuevo su ventana, y vimos que se encendió la lámpara... Satisfechos continuamos nuestro camino. Encontramos pelotones de obreros que se dirigían, al alba, a sus trabajos. Los detuvimos y les contamos lo del Manifiesto. Gritos de "*Bríviba, bríviba*" ("Libertad, libertad") eran su respuesta en la tranquila calle. Y el grito de "*Bríviba, bríviba*" siguió resonando como un fuego cruzado, con voces que se comunicaban en cadena las felices novedades...

Cuando llegamos a las fábricas supimos que al-

gunos ya habían recibido la noticia sobre el Manifiesto y los trabajadores no se pusieron a trabajar. Pero en un molino a vapor el trabajo estaba ya en marcha. Los camaradas letones entraron entonces directamente a la sala de máquinas, diciéndole al maquinista jefe que el Comité de los socialdemócratas llamaba a los obreros a una manifestación en torno a la cárcel. El maquinista, hombre de aspecto muy inteligente, fue sin decir una palabra hacia la campanilla y dio la señal de detener el trabajo en toda la fábrica. Luego, yendo hacia sus máquinas, las paralizó. Subimos también a los pisos superiores a hablar con los molineros. Un camarada letón golpeó a un viejo molinero amistosamente en el hombro y le dijo que fuera también a la manifestación. El molinero sacó la pipa de la boca, escupió sobre el piso y preguntó con decisión: "¿Y los cosacos?" Los cosacos no vendrían, le dijo el camarada; el viejo orden estaba superado y una nueva era había comenzado hoy en toda Rusia.

No habíamos tenido tiempo, hasta ahora, de meditar acerca de las nuevas relaciones que estaban por establecerse entre el pueblo y el gobierno en San Petersburgo. Nosotros, cuando nos enteramos del Manifiesto, vimos en él, al comienzo, sólo el mensaje de la libertad y el cumplimiento de nuestros anhelos y esperanzas. Sólo eso *quisimos* ver. Pero nos habíamos equivocado; no éramos todavía libres y, en efecto, los cosacos *vinieron*. . .

Yo estaba de pie sobre un cerro de materiales de hierro, en el patio central de una gran fábrica de alambres, donde los obreros de varias fábricas se habían reunido; yo hablaba a los obreros acerca del Manifiesto. Repentinamente sonó un disparo; luego un segundo y un tercero. Resonaban los cañones de la fortaleza de Liépaya. No pude comprender lo que esto significaba. Cuando hube concluido mi discurso, los trabajadores desplegaron banderas rojas y se lanzaron a la calle. Al salir nos encontramos con un campesino que conducía un carro de carga vacío. Se había arrodillado en su carro, su rostro denotaba pánico y sus ojos

estaban muy abiertos. El campesino agitaba convulsivamente los brazos, describiendo arcos con el bastón que llevaba, y gritó hacia el grupo de obreros que encabezaban la marcha que se detuvieran, porque toda la guarnición de la fortaleza estaba en las calles de la ciudad y había soldados por doquier.

Efectivamente, apenas habíamos recorrido cien metros, vimos que la calle estaba bloqueada a lo ancho por soldados. Una parte de los obreros emprendió la fuga, desapareciendo en las calles laterales. Al final quedaron alrededor de doscientos obreros, en su mayoría gente joven. Si hubiéramos proseguido la manifestación en línea recta, habríamos caído directamente en manos de los soldados. Elegimos por eso una calle lateral que comunicaba con la avenida que conducía desde el barrio industrial al centro, donde se encontraba la prisión.

Cuando nuestro grupo llegó a la calle principal, vimos a nuestra derecha e izquierda cadenas de soldados. Frente a nosotros surgían cosacos en sus cabalgaduras. Completamente perdidos, nos quedamos en la vereda del lado de la calle por donde habíamos llegado. Antes de que pudiésemos idear una táctica, vi a un oficial joven de cosacos, que podía tener a lo sumo unos veinte años, hacer una señal a sus soldados con la cabeza y desenvainar el sable. En el mismo momento se oyó un breve silbido y ruido de metal que cortó el silencio letal de la calle. Los sables de los cosacos volaban de sus vainas y los soldados se abalanzaban desde tres lados sobre nuestro grupo. Con sus grandes caballos abriéndose paso entre nosotros, golpeaban indiscriminadamente con sus sables en derredor suyo. Apoyaban todo el peso de sus cuerpos sobre la parte anterior de los caballos, de modo que los animales, inclinándose hacia adelante, dejaban deslizarse los cuerpos de sus jinetes al blandir éstos sus sables... A derecha e izquierda tronaban los fusiles...

¡Y la mañana era tan bella, el aire tan fresco y el cielo tan puro!

Fuimos empujados por los cosacos hacia la línea

de las casas. Los que quedaron más próximos a las casas lograron abrir una portezuela baja que conducía hacia un patio. Eran todas casas de madera las que flanqueaban la ancha avenida por ambos lados, con cercos de madera largos y altos que separaban las viviendas entre sí. Nuestro pequeño grupo, en medio de un gran pánico, penetró a través de la puerta baja en un patio. Me vi de improviso tendido en el suelo empedrado, junto a mí el sombrero pisoteado. Los botines de mi abrigo habían sido arrancados... Los sacos no podían seguirnos, ya que la puerta era demasiado pequeña para los jinetes; antes de entrar vi a un cosaco lanzar vanamente golpes de sable hacia una puerta desde su caballo.

Los que estábamos en el patio —sólo una parte de nuestro grupo había penetrado en éste— buscamos rápidamente refugio en las pequeñas casas de madera que lo rodeaban. Desde la calle se escuchaban los pesados golpes de botas sobre el pavimento: los soldados se acercaban a nuestro patio. Junto a dos obreros con un galpón en medio del patio. El bullicio de los soldados llegaba ya desde el patio mismo hasta nosotros...

Uno de los obreros, un muchacho que tendría entre veinte y veintidós años, estaba herido. Había recibido un sablazo de manos de un cosaco, sobre la frente. La piel de la frente estaba abierta y la herida sangraba profusamente. Eché una mirada a la herida y me convencí de que no era peligrosa. Para tranquilizar al obrero le dije que yo era médico, aunque en verdad era todavía sólo un estudiante de medicina. Le vendé la herida — el otro obrero había llevado consigo una venda, “por lo que pudiera suceder”. Mientras yo colocaba la venda al obrero herido, éste no cesaba de cantar canciones revolucionarias.

El obrero que llevaba consigo la venda, un hombre ya de unos treinta años, rubio y bien vestido, escondiéndose entre tanto, desde el galpón, el patio, donde los militares procedían a detener a la gente. De pronto me dijo, con un cierto tono de reproche: “No, a

no estamos libres"... Después lo reconocí como uno de nuestros camaradas líderes de Liépaya.

Gradualmente volvió la completa quietud al patio. Mis camaradas obreros abandonaron el galpón. Más tarde hice lo mismo. Aún podía oír desde el patio a los soldados en la calle. Mientras estaba en él, sin saber qué hacer, salió de la casa una anciana y con cierta violencia me dijo que debía abandonar inmediatamente el patio de su casa, ya que para ella era imposible darme refugio allí. Trajo una silla, exigiendo que yo trepara al techo, y, arrastrándome, alcanzara el patio de la casa vecina. No quise causarle dolor a la viejecilla y comencé la maniobra. No era nada fácil para mí, pero pronto estuve arriba, la anciana animándome desde abajo. Eché un vistazo a los patios a mi alrededor. En uno de ellos vi a un policía. Este, evidentemente, temiendo que al ver yo a un policía me sintiera inhibido en mi arriesgada empresa, me hizo señas amistosas con la mano y me dio a entender mediante todo un juego de gestos que no tenía nada que temer de él. Me descolgué entonces del techo al patio vecino, donde no se veía a nadie. Allí golpeé a la puerta de casa, y un viejo con uniforme de ferrocarrilero me abrió la puerta con sumo cuidado, ensanchando poco a poco la rendija. Detrás de él, en el vestíbulo, vi a unos diez jóvenes, todos de pie. Les había dado refugio para que no cayeran en manos de los soldados. Creyendo que ahora la calle estaba libre, quería hacernos salir nuevamente. ¡Demasiado samaritanismo tampoco es bueno! No obstante, podía verse que se trataba de un hombre honesto y recto. El viejo fue hasta el patio y espío por la puerta de la empalizada a la calle. Los militares habían desaparecido y la calle estaba libre. Nos abalanzamos todos afuera, dispersándonos por diferentes calles.

Recorrido algún trecho hacia el centro de la ciudad, divisé a cierta distancia, ante la entrada al puente por el que pasaba el camino hacia el centro, a un grupo de policías y soldados que examinaban a los

pasantes, sin duda para detener a los sospechosos. Tuve que corregir un poco mi aspecto externo para poder pasar sin problemas. Entré a una de las primeras buenas casas y pedí a sus dueños un poco de agua, un cepillo de ropa y luego guantes, ya que mi mano derecha estaba magullada e hinchada. La gente me miró con espanto y se negaron a ayudarme. Después comenzaron a lamentarse —vi sólo mujeres en la casa— por las desgracias que yo podía acarrearles. Pero me pareció que en ningún caso podía causarles alguna desgracia al pedirles que me permitiesen lavarme y limpiar mi vestimenta; les repliqué que no me iría sin que me prestasen un servicio tan insignificante. Entonces las mujeres, atemorizadas, cedieron. Me trajeron agua y una toalla muy inmundada. Tuve que aceptarla. Los guantes que me ofrecieron estaban totalmente rotos; por fortuna, el guante derecho, que era justamente el importante, estaba mucho mejor que el izquierdo.

Así me dirigí, con mi aspecto restaurado, hacia el centro. En el puente vi a un fiel camarada que se encaminaba hacia el barrio industrial. Me contó más tarde que había salido en mi búsqueda...

La ciudad ofrecía un aspecto desacostumbrado. En todas partes había soldados... En una esquina me crucé con unas muchachitas que llevaban libros y útiles escolares, las que lloraban y gemían locamente. Tras ellas iban muchachos de la escuela secundaria que lanzaban consignas revolucionarias. Era evidente que los muchachos habían decretado una huelga como motivo del Manifiesto y habían enviado a las colegialas a sus hogares.

Cuando llegué a la casa donde vivía antes de internarme en el hospital, se me comunicó que había sesión del Comité. Fui en el acto al local respectivo y encontré la sesión en plena marcha. Los camaradas estaban preocupados de orientarse en la nueva situación, lo cual, sin embargo, era muy difícil, pues aparte del texto del Manifiesto no teníamos nada que no

pudiera ofrecer una base para comprender la situación política. El desaliento y la confusión prendían entre los camaradas. Uno de ellos propuso lisa y llanamente organizar una guerra de guerrillas contra el poder zarista y lanzar bombas, considerando que los sucesos de ese día en la mañana habían demostrado que no podíamos nada contra el poder de los militares.

Ese fue el día del Manifiesto, el día de la Libertad...

“Bríviba, bríviba”...

Nos disponíamos a ir a la mesa cuando llegaron algunos camaradas obreros muy excitados, con la noticia de que en los talleres de ferrocarriles tenían lugar nuevamente reuniones populares masivas. Me puse en camino con los trabajadores. Las tropas habían vuelto a desaparecer de la calle. El comandante de la fortaleza no parecía orientarse en la nueva situación y cambiaba sus planes para la ciudad cada dos horas.

La imagen de la ciudad estaba ahora completamente cambiada. En las calles, el pueblo se movía a pasos lentos, se gritaba y se voceaba *“Bríviba”* (“Libertad”), las gorras volaban por los aires. En los rostros de la gente se percibían una alegría y un aire altivos, y ese ánimo llenaba todas las calles. La gente se saludaba, se felicitaba y abrazaba. La libertad estaba allí y el Manifiesto era su mensajero; la pesadilla de la tiranía y de la opresión había desaparecido...

En los enormes locales de los talleres ferrocarrileros se habían reunido alrededor de dos mil personas: obreros, mujeres, burgueses, estudiantes, liceanos, soldados y empleados públicos. Un cuadro abigarrado que se veía desde la tribuna, erigida sobre una máquina gigantesca.

Nunca antes había visto aquellos ojos brillantes, aquellos rostros felices y despreocupados. Los hombres habían cambiado...

A la mañana siguiente, el pueblo afluía solem-

nemente a las grandes manifestaciones que tenían lugar al aire libre en el patio central de los talleres de los ferrocarriles. En medio de un claro día de otoño, las banderas rojas flameaban desde la alta tribuna de los oradores, que había sido levantada por los trabajadores durante la noche. Y el pueblo ovacionaba a los socialdemócratas...

Las cosas cambiaron con el andar del tiempo. Pero otro día más quedó grabado para siempre en mi memoria.

Los periódicos traían las primeras noticias del levantamiento de diciembre en Moscú. Primero teníamos grandes esperanzas, pero muy pronto tuvimos que darnos cuenta de que la reacción sedienta de sangre había de triunfar...

Fui por nuevas noticias a la redacción del periódico ruso que pertenecía a los kadetes (los demócratas burgueses), y con el cual teníamos buenas relaciones. Las noticias de Moscú eran desalentadoras, y no había ya ninguna duda de que la revolución había sido derrotada...

Muy triste me encaminé hacia la casa del Ayuntamiento, donde tenía que realizarse una reunión o asamblea de trabajadores alemanes y en la que yo tenía que pronunciar un discurso. En la puerta estaba ya la policía que no permitiría la realización de la asamblea...

Me dirigí entonces a una reunión que había sido convocada para esa noche por el Comité de nuestro Partido y por el Consejo de Diputados de las Fábricas de Liépaya, Consejo creado a iniciativa del Partido siguiendo el ejemplo del Consejo de Diputados de San Petersburgo. El cambio de la situación política obligó a realizar esta reunión no en forma pública, como era nuestro propósito; se tomaron, más bien, varias medidas de seguridad para no caer en manos de la policía.

En el aula de una escuela se reunieron unos cien diputados de las fábricas. Ya no existían el optimismo y la fe en la victoria. Algunas voces eran todavía agresivas, pero en general las decisiones se referían más bien a medidas de retirada...

VII. EL CAMARADA YEPIS

La noche siguiente al día del Manifiesto, el 18 de octubre, vi por primera vez al camarada Yepis. Fue en circunstancias muy singulares, frente a la prisión de Liépaya. Yo lo tomé por un soplón, pero en realidad era un buen camarada.

El pueblo, que se había reunido por la tarde en las calles, alrededor de la prisión, había enviado una delegación al comandante de la fortaleza para exigir la libertad de los presos políticos. El comandante se declaró incompetente en este asunto y remitió la delegación al llamado procurador del Estado. La gente se trasladó en la obscuridad de la noche a la morada del procurador, que vivía en una tranquila calle residencial. Lo sacaron de su casa y junto con él se fueron a la prisión. El procurador, vestido con su uniforme completo, caminaba muy excitado en medio de la gente, con la intención de liberar a los presos. ¡Qué contraste con lo que sucedía ayer en la noche, incluso con el cariz de los sucesos de la mañana de ese día!...

Cuando con algunos camaradas llegamos a la cárcel, vimos justamente al procurador entrando en la prisión para hablar con su director sobre la eventual liberación de los presos políticos. El pueblo permaneció en espera en las calles adyacentes. Algunos querían avanzar de lleno hasta los muros de la cárcel; el puesto de guardia disparó al aire en señal de advertencia. Entre tanto había llegado también un cuerpo de caballería de dragones, que evidentemente había sido

pedido por el comandante de la fortaleza, después de haber recibido a la delegación popular. El pueblo que esperaba frente a la prisión tenía así a sus espaldas a los dragones.

Pedí a la gente no presionar a la guardia de la prisión, ya que comprendía que esto podía originar un baño de sangre. De repente surgió ante mí un joven, alto, espigado, con un sombrero de fieltro gris y abrigo claro, delgado, cuyos bordes agitados por el viento descubrían las piernas magras del joven. En la mano tenía un largo bastón, al que había atado un paño rojo a guisa de bandera. Con su espalda vuelta a los muros de la prisión, de cara a la multitud, el largo bastón con la bandera roja apoyado en el suelo, de manera que la bandera se agitaba frente a su rostro, gritó iracundo a la multitud, llamándola miserable, cobarde, incapaz y pasiva. Ni siquiera, recalcó, se decidían a liberar a los "políticos" de la prisión, después de la aparición del Manifiesto.

Hasta hoy no sé lo que aquel joven pretendía realmente de la multitud. Eso sí, me daba cuenta de que la situación podía tornarse peligrosa. Intercedí por segunda vez para que el pueblo aguardara tranquilamente las negociaciones entre el procurador del Estado y el director de la prisión. Mi alusión al Comité Unido de los socialdemócratas de Liépaya, fundado sólo la noche anterior, obró de nuevo milagros, como ya había sido el caso en repetidas ocasiones durante el día: la gente desoyó la alocución del hombre de la bandera roja y permaneció tranquila en su lugar, en espera de los sucesos.

Con respecto al joven espigado y lampiño, con su estandarte en la mano, me hice la conjetura de que podía ser un espía que quería provocar una masacre.

Al día siguiente por la tarde estábamos sentados en una sesión del Comité Unido y debatíamos acaloradamente acerca de un posible gran desfile de los trabajadores en Liépaya, que queríamos organizar con motivo del Manifiesto. No pudimos llegar a ninguna

resolución, ya que no sabíamos cómo reaccionarían la autoridad y el comandante de la fortaleza frente a nuestro desfile. No queríamos, desde luego, llevar las cosas a un enfrentamiento sangriento con las tropas — teníamos ya suficiente con lo sucedido en la mañana del 18 de octubre, en el curso de los primeros estallidos de júbilo por el Manifiesto en las calles de Liépaya.

Durante la sesión vi entrar súbitamente a un funcionario postal de uniforme, con la cartera negra de los funcionarios de correos colgando del hombro. ¡Era el joven lampiño, de rostro rojizo y delgado, de la noche anterior! Las palabras brotaron en rápida sucesión de su boca cuando se dirigió primeramente a uno de los camaradas letones. Luego comenzó a hablar en un ruso rápido y cortante, comunicándonos que acababa de llegar un telegrama del gobernador de la provincia al comandante de la fortaleza de Liépaya, con la orden de no poner trabas a los desfiles populares en las calles. De esta manera supimos el contenido del telegrama antes que la máxima autoridad de la ciudad y pudimos orientarnos en nuestras resoluciones conforme a las nuevas órdenes del gobernador. También más tarde tuvimos a menudo ocasión de enterarnos, a través de funcionarios de correos, de instrucciones telegráficas no destinadas a nosotros, pero de gran importancia para nuestra causa...

Me di cuenta de que aquel muchacho espigado no era ningún soplón, sino un buen camarada, de nombre Yepis.

Yepis desarrollaba entre los funcionarios postales una ferviente propaganda en pro de la socialdemocracia y la revolución. No obstante su juventud, gozaba de gran prestigio entre sus compañeros de trabajo por su entrega total a la causa de la revolución, con riesgo de su vida. El camarada Yepis jamás pronunciaba discursos ni sostuvo polémicas acerca de la socialdemocracia y la revolución. No era ésta su pasión. El sólo podía hablar rápida y mordazmente, con frases entre-

cortadas, con las que fustigaba todo lo que se opusiera a la revolución. . .

Entre los "jóvenes" y los "viejos" se había desarrollado en el movimiento revolucionario una relación singular y característica, como la he observado de la misma manera entre los obreros de las industrias ferrocarriles. También los viejos estaban con la revolución, pero dejaban a los jóvenes el papel activo y los contemplaban en cierto modo como a su propio grupo ejecutivo. Los jóvenes organizaban reuniones, difundían escritos revolucionarios y organizaban las huelgas. Los viejos colaboraban cuando tal o cual asunto ya había sido puesto en marcha; de vez en cuando hacían comentarios sobre los jóvenes, y estos comentarios tenían mucho de verdad. Los jóvenes los contemplaban con gran respeto, ya que formaban una sola fuerza con ellos; por lo demás, la anuencia de los viejos les daba energías y les planteaba al mismo tiempo responsabilidades.

Yepis era uno de estos "jóvenes". Cuando los funcionarios de correos entraron por primera vez en huelga, él fue una de las primeras víctimas: fue despedido de su puesto. Pero con ello no se le puso término a su actividad entre sus colegas. Por el contrario, tenía ahora mayor tiempo disponible para su actividad revolucionaria. Lo poco que había ganado como empleado de correos se lo procuraban ahora sus amigos. Se convirtió en un revolucionario de profesión. Especial consideración le dedicó Yepis al arte de la estrategia militar, convirtiéndose en el organizador de milicias armadas. Creíamos entonces en la posibilidad de una insurrección armada en la ciudad. Queríamos armar al pueblo para tener, si no numerosas, al menos tropas por entero adictas y confiables, que eventualmente, por ejemplo, en el caso de un levantamiento revolucionario de la guarnición de la fortaleza, hubieran podido desempeñar su labor revolucionaria en la ciudad. Cuando Yepis dejó su cargo en la oficina de correos, se lanzó con fervor ciego a la organización

de las milicias voluntarias. Su elemento era la lucha de hombre a hombre, sin retroceso y llevada hasta el final.

Yepis me mostró una vez el depósito de armas de que disponía. Me lo mostraba con evidente orgullo, sin estar consciente del candor infantil que ponía en este orgullo. Visité el depósito de armas en la tarde de un día de nieve, en diciembre. El depósito consistía en revólveres muy corrientes, que en cantidad de varios centenares estaban colocados en el suelo de un cuarto sin muebles. Los cañones y barriletes de los revólveres relampagueaban en la penumbra de la tarde invernal, y mi buen camarada Yepis no cabía en sí de orgullo y satisfacción. Me asaltó la leve duda de que algo se pudiese llevar realmente a efecto con aquellas armas. Pero toda duda debía desaparecer cuando Yepis me mostró su propia arma, un excelente revólver-carabina máuser que tenía como medio metro de largo; la cartuchera de su revólver tenía la forma de una culata de fusil, en cuya parte anterior se podía atornillar el arma. Entonces el revólver cobraba las dimensiones de una verdadera carabina o de un fusil, mientras que los cartuchos eran también del tamaño de los de un verdadero fusil. De esta manera, el camarada Yepis poseía algo así como un fusil. En el depósito había todavía más material bélico esparcido, como cartuchos, sables y otros, cuya presencia me resultaba del todo incomprensible.

El material humano que Yepis había reclutado para sus milicias voluntarias se componía de jóvenes obreros de diecisiete a veintidós años. Vi una vez a Yepis en el local sindical donde se efectuaban las sesiones de las organizaciones obreras; él estaba allí con sus milicianos. Como de costumbre tenía su delgado sobretodo claro, que llevaba tanto en el gélido frío de la calle como en la tibieza del cuarto. Enjuto y espigado, corría por las piezas, agitando los brazos, dando órdenes e instrucciones a sus milicianos; se preparaba para la lucha, o creía deber prepararse. Porque en Moscú ya había estallado la insurrección armada. Ye-

pis sentía que había llegado la hora, ya oía los fragores del combate en el que él quería lanzarse y en el que quería perecer... Y mientras Yepis, en calidad de comandante, daba órdenes a sus milicianos, en el cuarto contiguo estaban sentados los líderes obreros y los soldados, y se preparaban a dejar las armas, porque la lucha armada parecía desprovista de perspectivas.

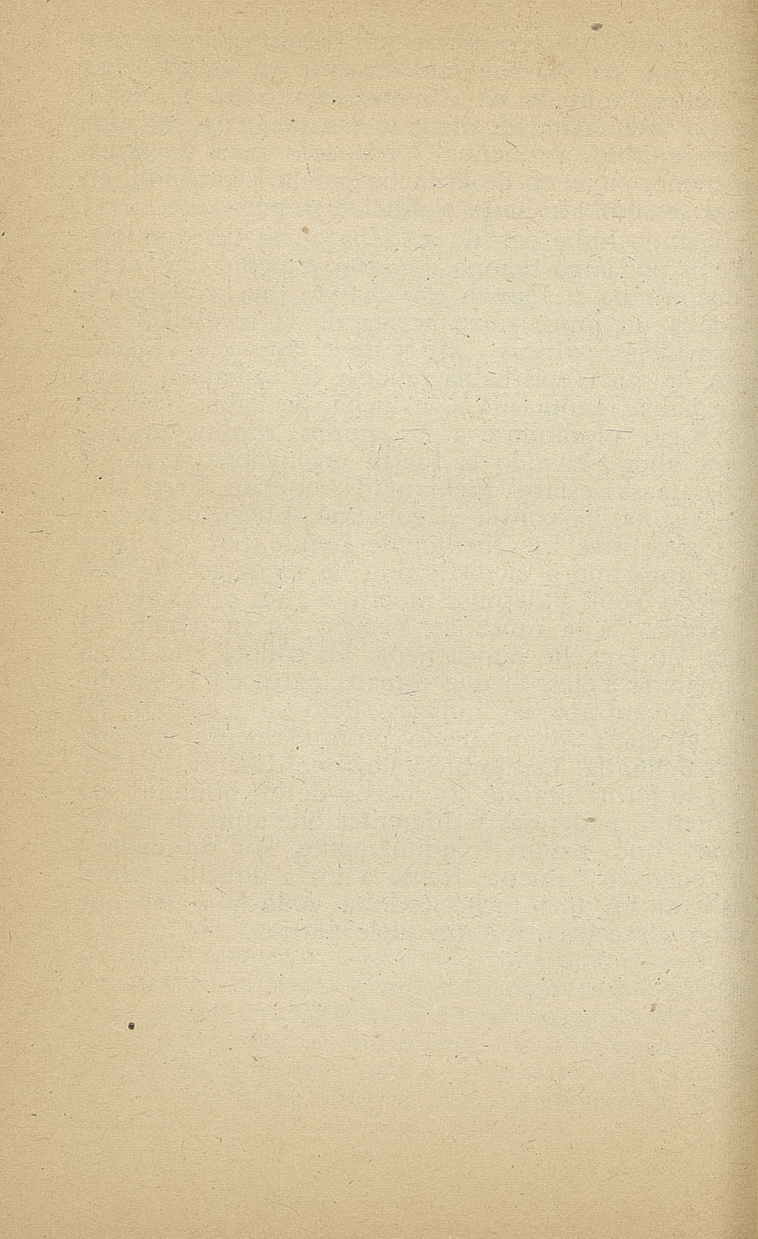
Pero Yepis supo encontrar medios y vías para ocupar a sus milicianos. Donde había que desenmascarar a espías o soplones, eran los milicianos los que prestaban sus servicios; donde había que recoger armas como las de los policías simpatizantes, también los milicianos estaban ayudando. Incluso en la última huelga de los funcionarios de correos, que se extendió desde noviembre a diciembre, Yepis hizo entrar a sus milicianos en acción. Apostaba ante el acceso a la oficina de correos a cierto número de milicianos que tenían la misión de ahuyentar con disparos preventivos a los pocos empleados que no querían participar en la huelga e iban al trabajo. Y un buen día, los milicianos dispararon sobre un funcionario de unos cuarenta a cuarenta y cinco años. Las balas lo alcanzaron en la espalda y, poco después de ser llevado a su casa, murió. Por el periódico me enteré de que era el padre de una numerosa familia de once a catorce niños, todos pequeños, y que percibía un sueldo mensual de cien rublos. El hombre tenía temor de plegarse a la huelga y se convirtió en rompeshuelga... ¡Sí, cuando se tiene una familia de once a catorce hijos, es algo difícil tomar la decisión!

Poco después del incidente vi a Yepis. Estaba confundido y no sabía qué decir. No obstante, el asunto del funcionario muerto por los disparos de los milicianos no lo había conmovido demasiado. Su propia vida estaba consagrada a la lucha, cosa que era su único objetivo; por lo tanto, no valoraba en mucho su propia vida, como tampoco la de aquellos que debían caer en la lucha, fueran ellos camaradas o adversarios...

Yo había cobrado afecto por Yepis, el joven muchacho que seguía consecuentemente su camino recto, siempre imbuido en el pensamiento de la lucha, libre de toda vanidad, ajeno a las pequeñas intrigas de los hombres pequeños. Vivía sólo para su único gran sueño, el sueño de la lucha por la Liberación, en la cual se combate hasta el final o se perece. . .

Cuando hube partido a Liépaya, no tuve noticias de Yepis por largo tiempo. Un año y medio más tarde me encontraba en Zurich escuchando una conferencia que daba un joven suizo acerca de la revolución en las provincias bálticas. Me enteré entonces, casualmente, de que Yepis había muerto. El camarada Yepis nunca había renunciado a la lucha. Se había trasladado a Riga, plegándose a los grupos revolucionarios, los que ahora, cuando la fuerza revolucionaria de las grandes masas estaba quebrantada, querían llevar adelante la guerrilla contra el gobierno. Luego de incontables aventuras fue finalmente herido por un espía que se aproximó a él disfrazado de mendigo. Así fue capturado Yepis y después muerto a tiros o colgado. . .

Acerca de la niñez de Yepis y de su pasado en general no escuché nunca nada. Lo conocí sólo como el camarada Yepis, el que tomaba parte en la revolución y organizaba las milicias. Pero su recuerdo, tal como él era y vivió, quedó profundamente grabado en mi memoria. Las impresiones que durante la revolución se forma uno de las cosas y de los hombres son más fuertes, poderosas y diferentes que aquellas de los tiempos que pasan tranquilamente, sin sobresaltos. Aún tengo vívidamente frente a mí a aquellos camaradas con los que luché codo a codo y a los que cayeron y yacen en nuestro suelo patrio. . .



VIII. LOS SOPLONES O ESPIAS

En el curso de mi actividad política he tenido oportunidad de conocer a diferentes clases de soplones, o de oír hablar de ellos.

El primer soplón que conocí era un obrero de alrededor de veinte años. Yo sentía especial simpatía por él. Una noche de verano, en los alrededores de Riga, había terminado un discurso frente a un grupo de unos cien trabajadores, cuando dos obreros se acercaron a mí y me pidieron que viniera a la Fábrica Báltica de Vagones con el fin de servir de orador en esta fábrica, donde había algunos miles de trabajadores en huelga. Uno de estos dos obreros era justamente el primer soplón que conocí. Pero en aquel entonces era un entusiasta camarada y aún no se había convertido en soplón. Vivía en una pequeña casa desvencijada situada en un sucio patio del barrio obrero y que tenía sólo una pieza que me pareció ser totalmente inhabitable. Allí solía hurgar con dedicación libros como *La Revolución Social* de Kautsky y otros escritos socialistas. Concurría a todas las reuniones secretas y prestaba servicios valiosos y difíciles a la revolución y al Partido. Creo que no había nadie entre los camaradas que no sintiese afecto por aquel apuesto y buen muchacho. Hasta que un día ocurrió algo imprevisto: no sería exacto decir que fue desenmascarado casualmente como soplón, pero sí que *se convirtió casualmente en soplón*.

¿Cómo ocurrió esta conversión? En el otoño de

1905, el gobierno tomó en Riga ciertas medidas inesperadas. En importantes y transitadas calles del barrio obrero se apostaron durante la tarde dotaciones de policías y cosacos de caballería que tomaron posición a lo largo de toda la calle. Se bloqueó de esta forma la calle y todos los peatones se encontraban de improviso con la policía y los cosacos, al intentar pasar. Los policías ordenaban levantar las manos y se llevaba a cabo la búsqueda de armas. Si se encontraba a alguien en posesión de ellas, era arrestado y llevado donde los gendarmes. Eso fue lo que le sucedió una tarde al camarada que en seguida se convirtió en soplón. Luego de ser detenido, había despertado —al igual que entre sus camaradas— la simpatía del coronel de la gendarmería, quien lo invitó a su casa, lo atendió deferentemente y, por último, le propuso prestar servicios a la policía. Se le prometió que, en caso de acceder, sería puesto de inmediato en libertad. El camarada aceptó la proposición del coronel de gendarmería y fue dejado libre.

Yo me enteré no más de que había sido detenido para ser prontamente puesto en libertad. Pero aún no sabía que había caído sobre él la sospecha de servir de soplón. Cuando me encontré con él, pasado un tiempo, me llamó la atención su comportamiento. Se pronunciaba acerca de todas las resoluciones o medidas que tomaba el Partido, opinando que esto o aquello no estaba bien, porque él sabía perfectamente que la gendarmería podía reaccionar de esta o aquella manera. Yo intuí con mucha claridad que él trataba de justificarse frente a una sospecha; dejaba entrever que mantenía en todo caso relaciones con la gendarmería, pero que las aprovechaba al servicio del Partido.

Debo decir que me afectó dolorosamente ver al muchacho, otrora puro y franco, convertido ahora en un ser de otro espíritu. Tal vez el deseo de verse en libertad lo llevó a contraer el primer compromiso con la gendarmería, compromiso que posiblemente él no tomó muy en serio. Pero la actividad de soplón, aun

cuando sea practicada al principio sólo "por forma", aun engañando al respectivo mandante, es un camino muy escarpado. Se convierte el que lo practica, a la postre, en un auténtico soplón; o, lo que parece suceder a menudo, no se sabe ya a qué lado se pertenece. Se prometen primero los servicios de espía sólo para salir de la nueva y terrible situación del arresto. Sin embargo, con ello se está ya cogido en la trampa. Para guardar las apariencias se cumple con el primer servicio de espía. Pero el que imparte las órdenes exige más y más; proporcionarle a éste permanentemente falsas informaciones equivaldría a traicionarse a sí mismo. Hay que rendir una y otra vez un informe verdadero, traicionando a algún camarada o alguna decisión del Partido.

De esta manera uno se transforma en un soplón auténtico, verdadero, aunque se siga al lado del Partido o de la revolución, de hecho colaborando con *ambos* lados: con la revolución y con los gendarmes. No hay duda de que un gran porcentaje de los soplones llega de esa forma al nuevo "oficio". Los que así obran son, en todo caso, espías infelices, atormentados, con una personalidad escindida, cosa posible sólo en un período de poderosos vuelcos revolucionarios. Pude leer en el rostro de mi soplón el conflicto, el tormento y la desazón.

Por contraste hay también el tipo de soplón que es como nacido para este "oficio": hombre vil y canallesco; además es necio y poco hábil; en suma, el soplón corriente. Los camaradas de Liépaya tuvieron la oportunidad de tomar posesión de las anotaciones de uno de esos soplones en noviembre de 1905. La arrendadora de la casa donde vivía aquel soplón abrigaba la sospecha de que su joven arrendatario prestaba servicios a la policía. Ella se dirigió entonces a los camaradas, pidiéndoles que investigaran el asunto, lo que fue cumplido por ellos en forma minuciosa. Ya habían aprendido el arte de examinar tales complejas situaciones en los allanamientos de la policía, de los

cuales ellos mismos habían sido víctimas. Se reveló que este joven era de hecho un soplón; se encontraron sus anotaciones informativas. Cada uno de los informes a la gendarmería fue asentado y numerado. Tuve la oportunidad de leer estas anotaciones e informaciones. ¡Simplemente increíbles las mentiras que figuraban en estos informes del soplón! Se trataba a veces de acontecimientos de los cuales yo había oído con anterioridad.

Una de estas informaciones llamó mi atención justamente por el grado y alcance de la mentira. En octubre, todavía antes del Manifiesto, revolucionarios anarquistas hicieron un ataque contra un banco particular. Un empleado del banco corrió detrás de los atacantes y la policía pudo arrestarlos. Por pura coincidencia, ese mismo día, la novia de este empleado del banco fue apresada por ser socialdemócrata. En la noche me encontré, en la casa de un camarada, con el mencionado empleado. Este había venido a ver al camarada en busca de consuelo. El muy supersticioso joven nos dijo que la desgracia sucedida a su amada era un castigo por haber corrido él detrás de los atacantes del banco y haber contribuido así a su apresamiento. Y precisamente leímos en las anotaciones del soplón que habría sido este empleado quien facilitó a los atacantes la entrada en el banco para realizar el robo. El empleado fue tomado preso y brutalmente apaleado.

Entre los papeles de ese soplón encontré una carta de su madre, en alemán. La madre le escribía desde Mitau (o Yélgava), la capital de Curlandia, ciudad natal del joven soplón. Leímos la carta de la madre en la pobre luz de la lámpara de petróleo, en la "comuna", como se llamaban las sedes del Partido de los letones y que eran algo así como modestas piezas de estudiantes. La madre escribía a su hijo, el soplón, una carta llena de amor y de inquietud por el muchacho — llevaba siempre su sobretodo de verano en pleno invierno, pero ella ya había encontrado, en la ca-

de uno de los parientes, un viejo sobretodo de invierno y se lo enviaría al hijo... Es inevitable el asco cuando se ve esta miseria material ligada con la traición frente a su propia clase, *traición como profesión*.

Pero este soplón que conocí sólo a través de sus papeles era un verdadero sinvergüenza: vendía a la policía informaciones que había copiado de los diarios. Ya en su juventud era malo. Uno de nuestros camaradas lo conoció como compañero en una de las primeras clases de liceo, donde se distinguió por su excepcional ineficiencia. Probablemente no nos equivocamos si admitimos que su fea suerte estaba determinada por condiciones espirituales *patológicas*.

Conocí también, pero de segunda o tercera mano, un tercer caso de soplón. De profesión era oficial de policía en alguna pequeña ciudad de Curlandia. Cuando en octubre y noviembre la revolución en todo el país estaba en su auge, él alcanzó a introducirse de contrabando en una organización revolucionaria. Pensaba que así podría surgir en su carrera de policía. Sin embargo, los revolucionarios muy pronto se dieron cuenta de que se trataba de un soplón, y con eso se puso fin a su vida. Los camaradas lo enviaron a otra ciudad portando una carta con asuntos supuestamente revolucionarios. En ella se le denunciaba como soplón. Era un hombre superficial y entregó la carta sin haberla abierto. Los socialdemócratas la leyeron, le comunicaron que había sido descubierto como soplón y que debía morir. El hombre comprendió que no era ése el momento para solicitar perdón, sobre todo sabiéndose que él era responsable de la muerte de otras personas. Con voz baja sólo pidió que le permitiesen escribir una carta a su novia y otra a sus padres. Sin embargo, los revolucionarios rechazaron todo tipo de sentimentalismos en tales condiciones. Lo llevaron consigo a un lago helado, le pusieron el cañón del revólver en la nuca, bajo su pelo rubio, y lo mataron... En sus bolsillos encontraron su libreta de apuntes con datos de su labor de espionaje, la foto-

grafía de dos muchachas, una de las cuales era su novia, y un grueso bucle de pelo rubio obscuro con un hilo de seda... Y unos meses después los soldados mataron a quienes habían ajusticiado al soplón...

Entre los soplones o espías, así como hay gente pequeña y modesta, también hay gente grande o importante. Los soplones grandes o importantes alcanzan títulos y fortuna. Y tal vez algún hombre "culto y fuerte, con nervios exaltados, se entusiasma por la ilimitada naturaleza señorial de un Azev.¹ Los soplones o espías pequeños y modestos perecen en la miseria espiritual, sufren de los fríos invernales al faltan les los fondos para un sobretodo de invierno, o pierden la vida porque no están a la altura de las exigencias "profesionales".

¹Azev, célebre espía del gobierno zarista en el Comité Central del llamado Partido Socialista Revolucionario, que realizó atentados contra miembros de la familia de los zares y contra sus ministros.

IX. LOS CARNICEROS APRENDICES

Los aprendices del gremio de carniceros pertenecían a ese grupo de trabajadores que más alejado estaba de la revolución y que era bastante atrasado en sus asuntos gremiales. Pero, como suele ocurrir, un buen día los aprendices de una carnicería tuvieron dificultades con su patrón, y éste llamó inmediatamente a la policía. Al poco rato llegaron cosacos a caballo, y los aprendices de todas las carnicerías de la ciudad empezaron a reunirse. Los cosacos atacaron a los aprendices que se habían reunido y los golpearon con sus látigos. Esto fue como una tempestuosa señal para que los aprendices del gremio de carniceros de Liépaya declararan la huelga. Algunos aprendices que ya tenían contacto con el movimiento obrero elaboraron las exigencias para presentar a los patrones. Ya no me recuerdo cuáles eran todas estas exigencias. Eso sí, entre ellas se encontraban las de un "mejor trato" y de descanso el día domingo. Con estas exigencias se presentaron los delegados de los aprendices del gremio de carniceros primero ante el Comité Unido, o sea el Comité de las organizaciones socialdemócratas de Liépaya, pidiendo que se imprimieran estas exigencias y se les enviara un orador; querían discutir las en una gran asamblea del gremio. Ya que la mayoría de los aprendices de este gremio eran alemanes, los camaradas me enviaron a mí como orador.

Para un obrero ya organizado en un sindicato

profesional y con conciencia de clase, como en Alemania, Suiza, Francia e Inglaterra, el desarrollo de los acontecimientos en el caso de la huelga de nuestros aprendices carniceros ofrece algo de extraño. Para los obreros organizados en los países mencionados, la huelga es un instrumento de lucha contra el capital, que debe ser empleado en forma muy prudente y del cual el obrero se sirve sólo cuando considera que las condiciones son favorables para aportarle algún provecho. Se hace la huelga únicamente cuando vale la pena hacerla. Pero en los países en los cuales no existe todavía una lucha de clases organizada política y sindicalmente, la huelga contra los empresarios adquiere con frecuencia un significado totalmente distinto. La huelga económica es en estos países la primera manifestación de los trabajadores contra las desventajosas condiciones salariales. La falta de conciencia de clase, la desorientación política y la falta de toda organización transforman la negación colectiva al trabajo, la huelga, en el único instrumento de oposición.

Así se puede entender que las huelgas que en Rusia siguieron a los sangrientos acontecimientos de 1905, en enero del mismo año, tuvieran a menudo el carácter de luchas económicas para tomar muy pronto carácter *netamente político*. Todo eso nos aclara la estrecha interrelación de lo político y lo económico en las huelgas que tuvieron lugar durante la Revolución Rusa. El hecho de que los huelguistas solicitasen un "orador" de los socialdemócratas, demuestra que para ellos la huelga era un momento de concentración, tanto en lo económico como en lo político. . .

Así sucedió que una noche fui como orador a la asamblea de los aprendices del gremio de carniceros. Mi amigo Yepis, el joven empleado de correos, me acompañó con toda su indumentaria y armamento. Yepis ya era el jefe del Cuerpo Armado de Trabajadores de Liépaya y, naturalmente, siempre estaba buscando la forma de poner en práctica sus ponderadas artes bélicas. Afirmaba que en tiempos tan serios como éstos, uno no podía ir desarmado a una asamblea

de aprendices de carniceros, e insistió en acompañarme. Por cierto, yo me daba cuenta de que todo eso era absurdo, pero para darle gusto me dejé acompañar por él, ese excelente camarada que más tarde sería condenado a muerte y fusilado o ahorcado. En aquella noche, durante toda la asamblea, Yepis no se movió de mi lado.

Encontré a los aprendices de muy buen ánimo. Charlaban en voz alta y desenfadados antes de iniciar la asamblea; estaban orgullosos de participar en los grandes acontecimientos de la vida pública. El asunto central de toda la discusión en la asamblea lo constituyó el descanso del domingo. Esta exigencia arrancaba ovaciones ensordecedoras de parte de los aprendices. Decidieron concentrar toda su fuerza sobre este punto que relegaba todas las otras exigencias a un segundo plano.

Una vez resuelta esta parte de la asamblea, les pronuncié un discurso sobre la socialdemocracia. Por supuesto, también hablé de la política revolucionaria. Los aprendices estaban obviamente entusiasmados con mi discurso, y al final de él saltaron de sus asientos, ocuparon la tribuna, y muchos de ellos me estrecharon muy fuerte la mano.

Luego siguió la discusión. Un muchacho delgado pero de mejillas muy rosadas y de aspecto muy gentil pidió la palabra. Habló desde su asiento. Dijo que yo estaba totalmente equivocado; que el socialismo no servía para los aprendices de carniceros; que el aprendiz iba al patrón no más que a recibir enseñanza, y que una vez que había aprendido, y si era capaz, se convertía él mismo en patrón y abría su propio negocio. Hablaba bien y libremente, y con mucha lógica desde el punto de vista pequeñoburgués. Y al principio los aprendices se quedaron algo escépticos con respecto al socialismo, pues el muchacho de las mejillas rosadas prometía cosas muy buenas para cada uno de ellos. Pero cuando les expliqué que no todos los aprendices podrían abrir su propia carnicería, y que no todos tendrían el dinero necesario para ello, me entendieron

muy bien; y cuando les expliqué el significado de las organizaciones sindicales, todo esto, que era nuevo para ellos, lo recibieron con entusiasmo y aplausos.

Los aprendices ganaron su primera huelga. Los patrones les concedieron el descanso del domingo y los aprendices volvieron a su trabajo.

Después de cierto tiempo fui de nuevo invitado a una asamblea de los carniceros aprendices. Esta vez se trataba de una asamblea a la que asistirían no solamente los aprendices, sino también los carniceros patrones. Ocorre que había surgido un extraño conflicto relacionado con el descanso dominical. En la ciudad había asimismo carnicerías judías que cerraban el sábado y abrían el domingo. Al principio, los aprendices no habían tenido en cuenta a estas carnicerías, pues en ellas trabajaban sólo aprendices judíos que tenían su día de descanso el sábado, y, por lo tanto, trabajaban normalmente el domingo. En consecuencia, las carnicerías judías permanecían abiertas los domingos aun después de la disposición referente al descanso de ese día. Esto significaba una nueva pérdida para los dueños de carnicerías cristianas, ya que sus clientes compraban carne los domingos en las carnicerías de los judíos, mientras que éstos, al ser cerradas las carnicerías judías los días sábados, no podían comprar carne "cristiana" por razones religiosas. Ahora estaba en lucha feroz los carniceros cristianos contra los carniceros judíos. Era este asunto el que tenía que ser discutido en la asamblea común de aprendices y patrones del gremio de carniceros cristianos y judíos.

Los carniceros cristianos declararon que ellos se lo atenderían al descanso del domingo a condición de que los judíos cerrasen ese día. Pero los judíos no estaban de acuerdo con eso. Por su parte, los aprendices declararon que el descanso del domingo debía mantenerse a toda costa, y que ni siquiera valía la pena discutir este punto. Uno de los aprendices lanzó un puñetazo sobre la mesa y dijo: "¡Aunque con sangre, pero los domingos no vamos a trabajar!" La cosa prometía ponerse seria.

Un camarada letón, que junto conmigo representaba a la socialdemocracia en esa asamblea, decidió tomar cartas en el asunto. Trató de arreglar las cosas pidiendo que se permitiese a los carniceros judíos que abrieran sus negocios los domingos para compensar lo que perdían los sábados.

En seguida hizo uso de la palabra el jefe de la Unión de los patronos carniceros, que estaba sentado en la primera fila y rodeado de sus más fieles colaboradores. Con osadía, pero lleno de dignidad, echó la cabeza hacia atrás, se acarició la barba separando sus dos partes, jugó con la pesada cadena de oro de su reloj que colgaba sobre su grueso vientre y empezó a hablar, refiriéndose al camarada letón: "El joven caballero acaba de pronunciar un lindo y simpático discurso. Pero él no es un experto en la materia". Luego pasó a demostrar cuán grande era la pérdida de los carniceros si cerraban los domingos, mientras los judíos mantenían abiertos sus negocios en este día.

A esto se opusieron los carniceros judíos; cristianos y judíos se pusieron a discutir, y la cosa no iba a acabar nunca. Pero quiso la suerte que muy pronto apareciera un sabio Daniel. Un carnicero judío expuso que en una época en que se abría paso a la libertad del espíritu era imposible obligarlo a él a profanar el sábado con el comercio, y que para la pérdida que sufrían los judíos en los sábados necesitaban una compensación con el comercio en los domingos.

Los argumentos del carnicero judío no dejaron de hacer su efecto. Primero nos llamamos todos; pero, de pronto, se levantó un aprendiz judío, que también era un buen socialdemócrata, y declaró que precisamente ese santo carnicero judío suministraba el sábado carne a la guarnición militar de Liépaya. Esta información tuvo un resultado fatal. El carnicero judío dijo que eso "lo exigía el negocio". Pero el partido judío sufrió con ello una grave derrota. Entonces los judíos pidieron una pausa e invitaron a los carniceros cristianos a una "charla íntima". Los carniceros patronos,

cristianos y judíos, se retiraron a una pieza contigua; pasados unos quince minutos regresaron, para mi gran asombro, todos felices y hermanados: se habían puesto de acuerdo. Todas las carnicerías, tanto las judías como las cristianas, debían permanecer cerradas los domingos. Los carniceros judíos estaban dispuestos a renunciar al negocio de los domingos y a hacerlo los sábados por la noche “en cuanto haya salido la primera estrella en el firmamento”, o sea, una vez terminada la fiesta del sábado.

Así se había salvado el negocio para ambos lados, y los patrones —judíos y cristianos— se daban amigablemente la mano.

Los aprendices, por su parte, también volvieron a triunfar en su forma acostumbrada, y haciendo alarde de haber salvado su mayor conquista: el descanso del domingo.

El “joven caballero” que había pronunciado el “lindo y simpático discurso”, pero que no era un “experto en la materia”, tuvo todavía la oportunidad de estrechar relaciones con los honrados patrones carniceros. Uno de ellos lo invitó a su casa para una charla privada. El camarada me pidió que lo acompañara. No lo encontramos al carnicero, sino sólo a su mujer. Nos habló de la sincera y profunda simpatía que decía sentir por los socialdemócratas, y nos pidió aceptar de ella la suma de veinticinco rublos como contribución para nuestro Comité Unido. Muy pronto se aclararon las profundas simpatías de la distinguida señora del carnicero para con los socialdemócratas. El “joven amigo”, en ese su “lindo y simpático discurso”, había citado a aquel patrón carnicero que en un principio hizo llamar a los cosacos, desatando de esta manera todo el tumulto y la huelga de los aprendices. Y aquel patrón carnicero era precisamente el mismo que, a través de su mujer, nos hizo llegar los veinticinco rublos para los socialdemócratas; evidentemente, temía que la historia de los cosacos le pudiera causar dificultades...

X. LA HUELGA DE POLICIAS

Yo había regresado en la noche de la agitación, cuando de pronto un jovencito delgado y a quien yo no conocía entró en la oficina de la organización y me dijo: "Los policías tienen una reunión; usted debe venir". Me hice dar la dirección. Un coche me llevó a una calle alejada y poco iluminada de la ciudad que aún no conocía bien.

En una habitación oscura y húmeda, llena de humo, y en la que no había ni bancos ni mesas, encontré reunidos a los policías. Eran más o menos unos treinta o cuarenta. Estaban en huelga. Exigían un sueldo adicional y un "mejor trato" de parte de los superiores. Habían hecho toda una lista de sus exigencias, la que fue redactada por un escribano civil de la policía. Aparte del sueldo adicional, contenía otras exigencias: indemnización por accidente, asistencia a las viudas y a los huérfanos, renta de invalidez. La lista había sido entregada por una delegación al jefe de la policía, el cual era un noble alemán.¹ Después

¹Este señor, el jefe de la policía de una ciudad de unos cien mil habitantes, que jugaba un papel importante como puerto comercial y de guerra, fabricaba pasaportes falsos para sus espías (aun después del Manifiesto del 17 de octubre). Cuando algunos camaradas apresaron a un espía, cayeron en nuestras manos varios de estos documentos. También pudimos comprobar que esos espías eran pagados por sus informes acerca de reuniones secretas, aunque al día siguiente se podían leer en los periódicos noticias mucho más exactas y amplias sobre dichas reuniones.

de haber arreglado la parte oficial del asunto, los policías se habían quedado reunidos para discutir libremente.

Ingresé a la habitación, y entre los policías con sus abrigos oscuros y sus botas altas y malolientes se escuchó, entre el ruido que hacían sus sables, un rumor tranquilizador: "El orador, el orador". Así había bautizado el pueblo a los camaradas que hablaban durante la revolución en asambleas públicas y en las plazas de la ciudad.

En el camino hacia la reunión de los policías, yo había meditado sobre esa situación un poco embarazosa. ¿Qué les podía yo decir a esos policías que se habían aliado con el diablo de la reacción, que eran los servidores de aquellos contra quienes estábamos peleando?

En aquella época habíamos lanzado un llamado al pueblo a fin de que se armara para luchas que nos parecían inevitables, y el pueblo, que piensa de manera práctica, se conseguía las armas, que nosotros no le podíamos dar, de todas las fuentes posibles. Sobre todo, los trabajadores les quitaban a los policías, en forma pacífica, los revólveres que luego eran substituidos por otros nuevos por la administración de la policía. Teníamos todo un cuerpo de francotiradores, que estaban todos armados con el mismo sistema de revólveres, sistema que era el más utilizado por la policía de Liépaya. Los policías nunca se defendían y entregaban sus revólveres por miedo a los trabajadores que siempre atacaban de a dos o de a tres a uno de ellos. Pero, finalmente, la administración de la policía encontró una maniobra para evitar tantas pérdidas: obligaba a cada agente policial a pagar el precio del revólver que había perdido. Ello contribuyó a un aumento de la tensión entre los trabajadores revolucionarios y los órganos inferiores de la policía...

Me había decidido a hablarles a los policías en forma muy objetiva de las tareas que ellos tenían en una sociedad bien organizada, sin mencionar la

huelga, para luego tratar de hacerlos pensar sobre sus relaciones con la gente del pueblo al que ellos mismos pertenecían; sobre las contradicciones que existían entre ellos y el pueblo; sobre las violentas luchas que hacían temblar a todo el país y en las cuales los policías jugaban el papel de enemigos del pueblo. Lo demás ya se vería.

Los policías estaban deseosos de escuchar lo que les diría el representante de los trabajadores. Me trajeron un banco para que yo lo utilizase como tribuna para mi discurso. Hablé de acuerdo con el esquema que me había trazado.

Creo que los policías no me entendieron. Estaban demasiado ocupados con el problema muy práctico de quién pagaría los revólveres, que costaban doce rublos cada uno. Cuando hice una pausa en mi discurso, me interpellaron sobre el asunto de los revólveres. Yo les expliqué que los trabajadores habían visto hasta ahora en los policías a enemigos, y que actuaban en consecuencia. Esto cambiaría si los policías lograban conseguir que las autoridades superiores no los utilizaran "en contra del pueblo". Ellos estuvieron de acuerdo con eso, pero me hicieron saber que no lo podrían incluir en la lista de exigencias, porque ésta ya había sido entregada a la administración de la policía. Sin embargo, me dieron su palabra de "no actuar en contra del pueblo" y yo, por mi parte, les prometí que intercedería ante nuestra organización para que se prohibiese el desarmamiento de los policías.

Yo estaba convencido de que los policías habían entendido mis argumentos, y de que con eso yo los había hecho algo más comprensivos. Quedamos en que yo vendría a la mañana siguiente para continuar la discusión con ellos y seguir de cerca el curso de la huelga. Era obvio que les interesaba el asunto de los revólveres; pero, aparte de todo eso, su comportamiento mostraba a las claras que se apegaban instintivamente a los trabajadores, sintiendo la gran fuerza mo-

ral y material de éstos, mientras que ellos mismos no sabían cuál sería el resultado de su propia lucha que les podía costar la pérdida de su miserable sustento. No cabía duda alguna de que no era simplemente un cálculo mezquino el hecho de que quisieran tenerme entre ellos como al representante de los trabajadores: la lucha del proletariado de la policía por mejores condiciones de existencia hacía despertar en ellos los primeros síntomas de conciencia proletaria...

Volví a la mañana siguiente. Los policías me comunicaron que aún no había llegado la respuesta del jefe de la policía. Me pidieron que viniese a una segunda reunión por la tarde. Así lo hice y encontré a los policías muy excitados. El jefe policial había recibido a los delegados de los policías con insultos; les dijo que eran unos canallas, chusma que no tenía ningún derecho a presentar exigencias. Ahora los policías discutían lo que se debía hacer. Me limité a escucharlos. Acordaron salir por las calles de la ciudad en una marcha ordenada y presentarse *in corpore* ante la administración para pedir explicaciones al jefe de la policía. Los felicité por sus enérgicos propósitos y empezamos a prepararnos para salir a la calle.

En ese mismo momento entró en la pieza el ayudante del jefe de la policía. Pude ver cómo los pobres policías quedaron todos paralizados por el miedo; la disciplina les hizo callar ante el superior; su excitación bulliciosa y tan sincera enmudeció. Para no despertar sospechas del superior, me retiré a la pieza de la cocina, desde donde pude escuchar todo.

Se reveló que el jefe de la policía había cambiado de opinión y accedía a todas las exigencias de sus subordinados. Era posible que el escribano civil que encontraba con ellos fuera un espía, y que hubiese informado, por teléfono, al jefe de la policía de las enérgicas intenciones de los agentes de ella. El ayudante del jefe de la policía lanzó todavía algunas frases patrióticas y paternalistas y desapareció luego,

guido por los gritos de agradecimiento y alegría de los triunfantes policías.

Me parecía que la situación era propicia para aclararles lo que significa una actuación enérgica; que todos deben defender sus derechos humanos y que también los policías deben recurrir a los mismos métodos de lucha de los obreros en general. Pero ahora ya no querían escucharme. Habían ganado la huelga y temían echarlo todo a perder si continuaban fraternizando conmigo.

Cuando regresé al cuarto donde estaban ellos, me recibieron con animosidad, y cuando iba a subir al banco escuché las palabras: "No, no..." Eso me disgustó; sentí dolor por la estrechez y el desaliento de los hombres. A pesar de las protestas en voz alta de los policías, subí al banco. Un policía robusto me saltó encima, y agarrándome por la manga de mi abrigo me tiró del banco. Los demás gritaban y hacían un alboroto salvaje.

Yo estaba totalmente solo frente a decenas de policías armados y encolerizados. Pero en aquel momento no pensé en eso. En mi pensamiento estaba detrás de mí la gran masa de obreros, y con eso me sentía superior a los policías con sus sables y sus revólveres. Me hice campo con los brazos y subí de nuevo al banco. Echando espuma de rabia les grité que podían irse los que no quisieran escucharme, y que los demás se quedaran.

Nadie abandonó la habitación. Los más razonables hicieron callar a los otros, y yo pude hablar.

Nunca antes había yo hablado de tanto corazón, nunca con tanto entusiasmo como entonces frente a los policías. Les lancé a la cara toda su mezquindad, toda su falta de humanidad. ¿Quiénes creían que eran? Campesinos infelices de aldeas que eran pisoteadas por latifundistas rapaces y bandidos. Eran campesinos infelices que obedeciendo a la miseria dejaban sus pueblos para refugiarse en el poder aparentemente ilimitado del uniforme de policía. Pero de hecho eran

víctimas del ultraje y el desprecio por parte de sus superiores, pero también por parte de los obreros. Cuando se les quería ayudar a levantarse, a quitarse la ropa de la vergüenza y a compartir la vida del pueblo al cual pertenecían, entonces despertaba en ellos otra vez el temor esclavista del campesino amordazado ante la omnipotencia del superior.

Ya no me acuerdo de cuánto más les dije. Cuando hube terminado, los policías me ovacionaron, me aplaudieron entusiasmados, me estrecharon la mano y yo tenía plena conciencia de que me estaban sinceramente agradecidos.

Quisieron que saliera junto con ellos a la calle. Así, escoltado por varias decenas de policías, salí a la calle con su magnífico frío seco de una tarde de diciembre, tan característico de la costa del Báltico oriental.

De pronto, en plena calle y en presencia de todos los demás policías, se me acercó un policía joven, cuyo uniforme totalmente nuevo se veía que acababa de ingresar al cuerpo. Tomó mi mano y balbuceó en ruso deficiente: "Justo, así es, tú has dicho lo justo, y entiendo"... Balbuceó todavía algo más, haciendo visibles esfuerzos para expresar algo muy convincente. Pero no pudo seguir, y se puso a llorar. Y antes de que yo pudiera defenderme, se agachó y me besó la mano. Mi mano se humedeció con las lágrimas del policía...

En una plaza en la que desembocaban varias calles, una docena de muchachos jugaban "revolución". Para esto habían desplegado la infaltable bandera roja; gritaban y hacían tal barullo que se los podía oír desde lejos. En eso estaban cuando vieron que se acercaba la tropa de policías. Inmediatamente se callaron las voces, la bandera desapareció y los muchachos se dispersaron. El hombre que estaba a mi lado, un policía alto que caminaba con la cabeza agachada y muy pensativo, les hizo a los muchachos una seña con la

mano para que regresaran y me dijo: "Sí, nos tienen miedo. ¿Por qué, por qué?..."

Los muchachos me reconocieron entre los policías y comprendieron la situación. Se pusieron a gritar en la plaza: "Viva el orador", y continuaron jugando "revolución", ahora con entusiasmo doble.

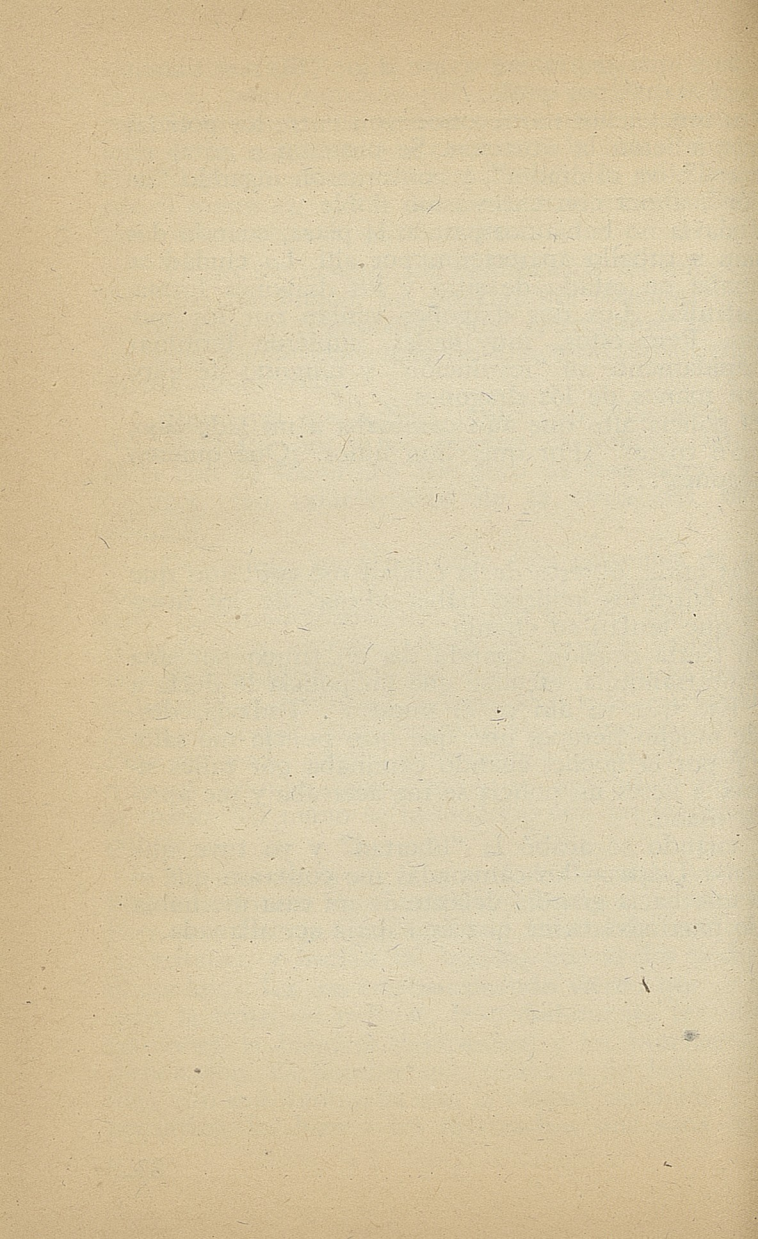
Todavía no habíamos pasado la plaza, cuando dos dragones a caballo aparecieron por allí. La ciudad se encontraba en estado de sitio y los dragones formaban patrullas. Los dos dragones venían por los muchachos. Pero éstos, muy ágiles, supieron terminar muy rápidamente su "revolución" y ninguno de ellos cayó en manos de los dragones.

El policía alto que aún caminaba a mi lado dijo, de nuevo triste: "¿Por qué? Son niños. ¿Qué quieren los dragones?..."

Más tarde, obreros de la ciudad me contaron que también entre los policías había ahora "de los nuestros" y que tenían su círculo.

En cierta ocasión, cuando iba en trineo por una calle muy tranquila, escuché que un policía le decía a otro: "Ese que va ahí es el nuestro". Todavía, después de mucho tiempo, uno que otro policía me saludaba. Y por la noche, cuando caminaba por calles silenciosas, a veces un policía se me acercaba y me apretaba la mano.

Y cuando se acabó la "libertad" y yo tuve que abandonar Liépaya, los camaradas me contaron que el policía que hacía guardia delante de mi casa me había buscado para advertirme que ésta iba a ser allanada.



XI. LOS MILITARES

La justicia militar rusa realiza siempre su trabajo de verdugos en gran estilo. Hace poco¹ fueron condenados los soldados que se amotinaron en Tashkent: quince penas capitales y varios cientos de años de trabajos forzados.

Pero parece que las penas de muerte no son un medio adecuado para evitar levantamientos militares. Hace unos cinco o seis años, la justicia militar asesinó y desterró a un sinnúmero de soldados, y a pesar de ello hoy sigue habiendo muestras de un movimiento político dentro del ejército; parece abundar el fermento revolucionario tanto en la flota del Báltico como en la del mar Negro, como lo muestran los últimos acontecimientos.

Mientras haya en Rusia cien millones de campesinos hambrientos, habrá también fermento revolucionario dentro del ejército. El campesino ruso está siempre listo para la insurrección, y no puede ser de otra manera.

A. EN RIGA

Fue en Riga, después de una horrible noche de verano en 1905. Para los próximos días se esperaban

¹Este artículo fue escrito en 1911.

choques violentos entre trabajadores y cosacos, y algunos camaradas habían decidido preparar bombas. La fábrica de bombas se instaló en el centro de la ciudad, en la casa privada de un camarada experto en la materia. Sin embargo, parece que no era tan experto como pensábamos, pues una noche que estaba preparando sus artefactos hubo una violenta explosión. Bañado en sangre, el camarada salió a la calle y se dirigió a casa de un médico. Pero el médico lo rechazó cuando se enteró de que se trataba de heridas producidas por una bomba. El camarada, desesperado se fue entonces al Hospital Municipal. Entre tanto la policía y la gendarmería se encontraban ya en la fábrica de bombas, pues no muy lejos de ella se hallaba una patrulla militar que oyó la explosión. La policía llamó sin dilación al Hospital Municipal, y el camarada fue arrestado. Después del Manifiesto de Octubre fue puesto provisoriamente en libertad, pero más tarde fue condenado a muerte, en ausencia. Pero no pudieron colgarlo por haber escapado antes.

La explosión fue tan fuerte que despertó a todos los camaradas que vivían en las calles vecinas. Ellos comprendieron al punto la situación, fueron a ver qué pasaba y, desde lejos, pudieron ver la actividad de la policía delante de la casa. También yo me dirigí al lugar, me senté sobre un banco cerca de la casa observando el ir y venir de los policías, gendarmes y agentes de civil.

El camarada que fabricaba las bombas era un hombre belicoso y se había especializado en las labores de agitación entre los soldados. El no había nacido en el Báltico, sino que había emigrado desde algún lugar de Rusia y llevaba siempre una gorra de funcionario ruso. Por todas estas razones era la persona indicada para hacer la agitación entre los soldados, que éstos tampoco eran letones; los reclutas en Rusia siempre son enviados a regiones muy alejadas de su lugar de nacimiento. De este modo, los soldados que se encontraban en Livonia eran rusos, tártaros,

Cáucaso, etc. El campo especial de actividades de nuestro camarada era la fortaleza que se encontraba a algunos kilómetros de Riga, cerca de la desembocadura del río Düna en el mar (Dviná en ruso, Daugava en letón). Al lugar se lo llamaba en alemán Dünamünde.

Aquí en Dünamünde se habían instalado, seis siglos atrás, en 1305, los caballeros alemanes de la Orden de la Espada, después de haber comprado del abate Libertus, hombre piadoso pero también buen comerciante, el monasterio de Dünamünde por cuatro mil marcos de plata pura. El negocio se hizo a espaldas de los habitantes, también alemanes, de Riga. Desde Dünamünde, los caballeros alemanes podían hostilizar fácilmente a los renitentes habitantes alemanes de Riga. Más tarde tuvieron lugar aquí algunas luchas sangrientas. En el año 1700 los sajones se establecieron en Dünamünde, para quebrar desde allí la resistencia que ofrecían los suecos, firmemente asentados en Riga. En aquel entonces, la nobleza báltico-germana se había esforzado por formar una coalición con rusos, polacos (dominados por los nobles de Sajonia) y daneses, para luchar contra la expropiación de los latifundios, la llamada "reducción", que querían llevar a cabo los suecos en Estonia y Livonia. Por el contrario, los alemanes que habitaban las *ciudades* como Riga, Reval, Dorpat, etc., estaban del lado de los suecos. Por esta misma razón, en 1707, después de que Dorpat fue reducida a escombros por Pedro el Grande, toda la población alemana fue desterrada a ciudades rusas como Vológda y Kostromá.¹

Para la nobleza alemana del Báltico, esa lejana "Guerra del Norte" en la cual se había aliado con los

¹Para una detallada exposición de la historia de la región del Báltico, aunque muy tendenciosa y totalmente carente de puntos de vista generales, ver L. Arbusov, *Grundriss der Geschichte Liv-, Est- und Kurlands (Historia Elemental de Estonia, Letonia y Lituania)*, 3.^a edición, Riga, 1908.

rusos contra los suecos, constituyó la escuela para 1905, cuando esta misma nobleza, pérfidamente, se volvió a unir con los rusos contra los habitantes letones y otros del Báltico. Y al igual que hace doscientos años en esa "Guerra del Norte", ahora, en 1905 y 1907, la soldadesca rusa invadía y ocupaba la tierra del Báltico con la colaboración de la nobleza alemana. El mariscal ruso conde Sheremetiev, resumió el saldo de sus actividades en la región del Báltico durante la "Guerra del Norte" de 1700 en un informe lacónico enviado a Pedro el Grande: "*He destruido todo*". Con estas mismas palabras habría podido resumir el resultado de su campaña contra los países bálticos el general Orlov en los años 1905 y 1906. En enero de 1906, la ciudad de Riga sólo pudo salvarse del triste destino que tuvieron el campo y las pequeñas ciudades del Báltico gracias a que las actividades del general Orlov, después de ocupar a Riga, habían encontrado una crítica tan severa, que ya no pudo cumplir sus nefastas intenciones sanguinarias contra la gran ciudad...

Pero volvamos al año 1905.

En la mañana siguiente a la noche en que ocurrió la explosión de la bomba, tenían que venir de la fortaleza de Dünamünde algunos representantes de la guarnición para visitar al camarada fabricante de bombas. Pero la casa del camarada estaba llena de policías que esperaban a las futuras víctimas; éstas podían caer muy fácilmente en la trampa, puesto que no sabían nada de lo ocurrido la noche anterior. Era, pues, necesario interceptar a los soldados para advertirles del peligro. Los camaradas pusieron guardias en todas las calles adyacentes, en un círculo bastante amplio, a fin de controlar todos los posibles accesos a la casa donde había explotado la bomba. Esto no era una tarea fácil, pues en todas partes pululaban los espías que también hacían guardia para hacer caer en el lazo incluso a víctimas inocentes. Durante la revolución yo también tuve que hacer guardia algunas veces: es algo realmente emocionante e ingrato.

Los camaradas consiguieron interceptar a los dos soldados de Dünamünde y los condujeron a mi casa, donde ahora debía tener lugar la conversación relativa a algunos asuntos de la agitación que se llevaba a cabo entre los soldados de la fortaleza. Uno de los soldados era un tipo joven y corpulento, alto y ancho de espaldas, con una sonrisa tranquila, inocente pero muy confiada. Estaba vestido con uniforme de mariner, y causaba una impresión bastante extraña ver a ese hombre fuerte y grande vestido como un niño — la blusa de mariner con pechera a rayas rojas y blancas. Caminaba en la pieza un poco agachado, casi tímido, con sus botas de plantas gruesas. Había en él algo de infantilmente bueno, de buenos sentimientos, y, al mismo tiempo, de seguridad y tranquilidad. Se notaba que ese buen hombre sabía realizar sus planes con una actitud decidida y consecuente; que podía influenciar a sus camaradas y que era un jefe al que seguían voluntariamente. Uno de esos hombres que sólo pueden ser jefes, pero sin ninguna ansia de mandar y sin enemigos personales. El otro llevaba un uniforme de soldado del batallón de zapadores de la fortaleza. No era tan alto como su camarada, pero también ancho de espaldas. Su cara no tenía el fresco color rosado de la del mariner. Era de edad algo mayor; los zapadores sirven en Rusia durante cinco años. Fumaba con mucho placer su cigarrillo, miraba lleno de confianza hacia el mariner y dejaba que éste discutiera solo con los camaradas. Después de nuestra conversación se despidieron los soldados y se fueron a la ciudad. Era un domingo, y por lo tanto tenían el día libre.

Para hacer más fácil el trabajo de agitación en la fortaleza, los camaradas habían alquilado una casa en el pueblecito de Dünamünde, desde donde una camarada hacía llegar a los soldados las hojas volantes y dirigía las comunicaciones con la organización en la ciudad.

A principios de septiembre, yo tenía que ir en compañía de un camarada ruso a Dünamünde, para

hablar en una asamblea de soldados. Una tarde lluviosa viajamos a Dünamünde en la pequeña lancha de vapor que servía al público en general. Después teníamos que hacer un largo trecho a pie; pasando por el caserío de Dünamünde, hasta llegar a las pequeñas dunas donde tenía que realizarse, al aire libre, la asamblea de soldados. El amplio paisaje blanco de las dunas había adquirido un matiz amarillento bajo la lluvia fina que caía constantemente, endureciendo la arena. Había muy poca vegetación, y sólo de vez en cuando se veía uno que otro pino solitario.

Al pie de una duna baja se habían reunido unos treinta o cuarenta soldados jóvenes. Estaban todos de muy buen humor, y algunos de ellos eran niños grandes de veintiún años. Los más viejos eran también más tranquilos y serios. Les pronuncié un corto discurso, pues ellos no tenían mucho tiempo. El camarada ruso que me acompañaba, obrero de fábrica que les habló en forma muy sencilla, tuvo mucho éxito entre los soldados. Veían en él a un amigo, alguien que estaba muy cerca de ellos. Este simpático camarada, que tenía unos veinticinco años, fue condenado a muerte y fusilado después del levantamiento de los marineros en Cronstadt, cuando fue disuelta la primera Duma.

Ya no me recuerdo cómo fue posible que los soldados pudieran asistir a esa asamblea en un día normal de trabajo. También he olvidado cómo encontramos el camino a través de las dunas hasta el lugar de la reunión.

Cuando regresábamos a Riga ya había oscurecido. Los múltiples vapores pequeños, como atareados y aferrados, cruzaban rápidamente las aguas del río Düna. Cada uno seguía su propio camino. Lo mismo hacían los hombres. Iban y venían en las muchas estaciones en las que se paraba nuestro vaporcito... Cada uno de los hombres seguía su propio camino. ¿Puede esto conducir a algo positivo? ¿No estoy haciendo el ridículo cuando les digo a los soldados que el pueblo es

tá dispuesto a pelear por la libertad? ¿Y no es más bien una irresponsabilidad criminal llamar a los jóvenes soldados a quebrantar la disciplina, asistiendo a una asamblea fuera de la fortaleza? Ideas parecidas me venían muy a menudo cuando salía de un pequeño grupo de camaradas y me reintegraba a la vida de la ciudad y de sus gentes, gentes extrañas las unas a las otras, y en donde cada uno vive su vida propia y sigue su camino al margen del gran camino real de la Historia. Estos pensamientos me ocupaban con relación a todo lo que era la revolución, la cual, entonces, me parecía pequeña, débil e impotente. Entonces me daban ganas de agarrar mi fardo y regresar a esa pequeña ciudad alemana en la que había estado estudiando hasta hacía poco en la Universidad, tranquilo y sin que nadie me molestara.

Sin embargo, estos pensamientos venían y de nuevo se iban. Se iban cuando yo estaba frente a los trabajadores, cuando veía a esos miles de obreros en las fábricas, y cuando me recordaba que la revolución tenía que venir — con férrea necesidad histórica.

Apenas habían transcurrido cinco semanas cuando la revolución dio su batalla más victoriosa. La huelga de octubre se había desatado como una avalancha sobre toda Rusia, y con el Manifiesto de Octubre se había conquistado la Constitución.

B. EN LIEPAYA

Era el día del Manifiesto de Octubre.

Era una situación llena de contradicciones. Una verdadera fiesta al amanecer y, pocas horas más tarde, sangrientos choques con el ejército. Y después de otras horas más, el ejército se había retirado de las calles, y el pueblo realizaba imponentes asambleas en los inmensos pabellones de los talleres del ferrocarril. Por la noche, nuevamente patrullaban las calles de la ciudad las tropas encabezadas por oficiales.

En la mañana y a través del día entero estuve hablando en las asambleas, y, considerando mi tarea como cumplida, me encontraba en casa, donde amigos iban y venían. Ya había obscurecido totalmente cuando llegó un camarada con la excitante noticia de que el pueblo había rodeado en una pequeña plaza pública a una tropa de soldados para "hablarles", y se quería que yo fuese al instante para dirigirles también la palabra a los soldados.

Cuando llegué, la pequeña plaza estaba todavía llena de gente. No eran trabajadores, sino gente de la clase media: jóvenes comerciantes, estudiantes y señoras. Los habitantes de la llamada Parte Vieja de Liépaya. En el centro de la gran multitud se encontraba una cuadrilla de unos cincuenta soldados con uniforme gris, formados en fila, con el fusil al hombro. Varios oficiales estaban al frente de la cuadrilla. La gente y los soldados estaban muy cerca los unos de los otros. Inmediatamente delante del grupo de los oficiales, ya mezclados en parte con la multitud, algunas personas sostenían sobre sus hombros a un hombre que estaba pronunciando un discurso en ruso. El camarada que me había conducido hasta allí les dijo que veníamos del Comité Unido y que un representante de este Comité les iba a hablar a los soldados. Si bien nosotros como Comité Unido existíamos sólo desde la noche pasada y ahora un día, el anuncio tuvo un efecto inmediato, como si fuera poco menos que orden suprema para los que estaban allí. El orador terminó casi al punto. La gente me alzó sobre sus hombros. Era para mí un cuadro extraño: el círculo oscuro de los sombreros negros y, en el centro de ese círculo, el gris de los soldados con sus bayonetas relucientes. Los que me sostenían sobre sus hombros se habían acercado tanto a los soldados que, en un momento que perdí el equilibrio —no era, por cierto, muy estable la plataforma de hombros sobre la que yo estaba—, para no caerme me agarré sin quererlo a la bayoneta de uno de los soldados. El soldado se

asustó, gritó aunque a media voz: “¡Suelta, suelta!”, y me quitó con fuerza la bayoneta de la mano.

Les hablé a los soldados de la revolución y de la guerra desgraciada contra los japoneses, de los campesinos que no tenían tierras, de quiénes desangraban a esos campesinos, y de los obreros con los que los soldados, hijos de campesinos, tendrían que luchar juntos por un mismo destino mejor.

Un oficial me sucedió en el uso de la palabra. Les dijo a los soldados que los revolucionarios eran el “enemigo interno” de la Rusia sagrada y que era necesario aniquilarlos; les dijo que el padrecito zar le habría dado todas las libertades al pueblo, pero que los revolucionarios seguían azuzando al pueblo precisamente porque eran “enemigos internos”, y que al fin de cuentas los culpables de todo eran los judíos.

Una vez que el oficial hubo terminado de hablar, y cuando yo me disponía a contestarle, escuché, a un par de personas que estaban cerca de mí y de los oficiales, decir que era conveniente golpear sin pérdida de tiempo a los revolucionarios. Así opinaban los representantes del grupo “Centurias Negras”, aquella organización contrarrevolucionaria que había empezado sus actividades inmediatamente después de aparecer el Manifiesto de Octubre.

No era nada fácil responder al discurso del oficial; no porque hubiera sido difícil rebatir sus absurdos argumentos, sino porque tenía que explicarles todo eso a los soldados. Creo que en aquel torneo de elocuencia que sostuvimos esa noche los oficiales y yo, los soldados permanecieron totalmente indiferentes.

Cuando en medio de mi discurso de respuesta había alcanzado el tono más radical, el oficial me interrumpió con fuerte voz de mando y la tropa se puso en movimiento. Los soldados cantaban a voz en cuello alguna canción militar, y el pueblo se puso a cantar una canción revolucionaria. Una buena parte del camino anduvieron juntos pueblo y soldados, ambos cantando. Pero luego los oficiales se retiraron con los

soldados; el pueblo tomó el camino hacia la fortaleza para exigir la libertad de los presos políticos. . .

En mi discurso a los soldados había hablado, además, de las relaciones entre oficiales y tropa. Pero cometí el error de no acentuar suficientemente la contradicción existente también entre los oficiales y el gobierno corrupto. Quien tomara seriamente su profesión de oficial, no podría hacer otra cosa que ingresar a las filas de la revolución para destruir al gobierno absolutista, ese monstruo vulgar y mentiroso, de corrupción y de criminal desprecio frente a las verdaderas exigencias de los asuntos del Estado. Asimismo habría podido ganar a los oficiales hablándoles de su pobreza, de su sueldo ridículamente bajo. Para ello sólo habría necesitado acordarme de la miseria material que había visto en los hijos de oficiales que habían sido mis camaradas de liceo.

Ese mismo error cometieron también muchos otros en el curso de la revolución. Se actuaba en forma impulsiva y se quería arrollar con todo aquel que parecía estorbarnos en el camino hacia la revolución. Otros, igualmente, se han referido a este error muy común en el comportamiento de los revolucionarios frente a los oficiales. Por lo demás, había en Rusia, y también los había en Liépaya, oficiales con ideas revolucionarias. Por eso, después de los acontecimientos de octubre y noviembre, una gran parte de los oficiales fueron trasladados de Liépaya hacia otras ciudades.

Cuando leí, más tarde, una conmovedora novela de Kuprin, *El Duelo*, y tuve ante mis ojos toda la miseria de la vida de los oficiales en Rusia, sentí un dolor mucho mayor aún por el error que había cometido con mi concepción falsa acerca de nuestra posición frente a los oficiales en la revolución. . .

Después de los acontecimientos de octubre le confiamos a un camarada ruso en Liépaya el trabajo de agitación entre los soldados de la fortaleza. El Comité Unido hizo imprimir varios volantes, en muchos miles de ejemplares, destinados exclusivamente a la

agitación entre los soldados. En algunos volantes había una buena polémica con el comandante de la fortaleza. En una proclamación, este comandante les había expuesto a los soldados la situación en la provincia de Curlandia, a la cual pertenecía Liépaya. Decía el comandante que el ejército ruso debía reconquistar ahora esa región que había sido ganada para el Imperio ruso por la “madrecita Catalina la Grande”. ¡Y esa proclamación del comandante de la fortaleza aparecía en las columnas de carteles pegados en las murallas de toda la ciudad de Liépaya! Cuando faltan los argumentos, entonces se recurre a la estupidez y a la desvergüenza...

En Liépaya tenía yo durante la revolución un camarada letón que era estudiante de química. Nos hicimos grandes amigos. Cuando sentíamos un poco de nostalgia, nos reuníamos en casa de este amigo. Redactábamos las proclamas de agitación para los soldados en Liépaya. El Comité Unido hacía imprimir estas proclamas, que nosotros, jóvenes en aquel entonces, considerábamos como la esencia misma de la sabiduría, astucia y amplitud de miras...

C. EL FINAL

En diciembre la agitación entre los soldados de la fortaleza había alcanzado tal punto, que podíamos pensar seriamente en un levantamiento de la guarnición y en la ocupación de la fortaleza de Liépaya, para así intervenir en el curso de los acontecimientos que se preparaban en San Petersburgo y Moscú.

Por su parte, el comandante de la fortaleza empezó a tomar medidas de seguridad. Envío de vacaciones a una buena cantidad de oficiales sospechosos, alejó a los artilleros de sus armamentos para hacerlos controlar por los cosacos, e incluso se hizo desmontar algunas unidades de artillería. Así, pues, para la guarnición misma se agudizaba la interrogante en torno a

su comportamiento, y los soldados decidieron discutir este punto en una reunión con el Comité Unido.

A esta reunión conjunta asistieron representantes de las diferentes unidades de las tropas de la fortaleza: de los cañoneros, zapadores, de los regimientos de infantería, etc. Cada uno de ellos representaba únicamente a su unidad o regimiento y estaba autorizado para informar sólo sobre ella en esta reunión común de soldados y obreros. Llamó mi atención en especial el hecho de que casi todos los representantes de los soldados revolucionarios llevaban alguna condecoración por servicios distinguidos en el ejercicio de sus funciones militares. Muchos tenían condecoraciones por buena puntería; la mayoría llevaba una o dos tiras plateadas sobre las charreteras. Eran suboficiales de grados superiores e inferiores. Ya antes, tanto en Riga como en Liépaya, hice la observación de que los jefes de los soldados revolucionarios eran casi siempre los soldados más valiosos, casi siempre suboficiales. En las tropas especiales, a esta posición generalmente llegaban obreros de fábrica mejor pagados.

Los soldados, con sus abrigo grises, y los obreros estaban sentados alrededor de una larga mesa en la habitación claramente iluminada. Algunos obreros y soldados habían tomado asiento en las sillas que se encontraban contra la pared de la habitación. Como presidente de la reunión elegimos a un camarada que en su calidad de miembro del Comité Unido era el encargado de la organización de los soldados. La reunión era de una tranquilidad solemne. Cada uno de los participantes estaba consciente del alcance que tendrían las resoluciones que se tomaren en esta asamblea y de la responsabilidad que cada uno tenía al intervenir en ella.

Cuando el presidente abrió la sesión, pidió la palabra un soldado de barba, que se encontraba casi escondido en una esquina de la habitación. Era un reservista que fuera enviado poco antes desde Sebastopol a la fortaleza de Liépaya. Después del levantamiento de la flota del mar Negro en noviembre de

1905, una parte de la guarnición de Sebastopol había sido trasladada a otras guarniciones, y así este soldado vino a parar a Liépaya. Se levantó de su asiento, jugó algo tímidamente con la gorra entre las manos, y en forma sencilla, épica, empezó a contar sus vivencias del levantamiento de la flota de Sebastopol. El comienzo de nuestra reunión no podía haber sido más digno. El informe del soldado fue conmovedor por su sencillez.

Cuando terminó su discurso, todos los presentes nos levantamos de nuestros asientos y en honor a los soldados de la flota del mar Negro caídos en combate cantamos la marcha fúnebre de la revolución:

Caídos como víctimas...

Después le tocó a cada soldado hacer uso de la palabra uno después del otro, y todos dieron un informe simple y objetivo, en pocas palabras, acerca de la situación en sus regimientos o unidades. La mayoría de ellos estaban convencidos de que la guarnición estaba dispuesta a tomar el control de la fortaleza para estar al lado de la revolución. Muchos de ellos probablemente estaban demasiado optimistas con respecto a las tendencias revolucionarias de las unidades o parte de las tropas que representaban; pero no cabía duda alguna de que las ideas revolucionarias habían calado muy hondo entre los soldados de la fortaleza. No obstante, se hallaban todavía notablemente atrasadas las tropas de infantería, en las que predominaba el elemento campesino y donde también servían muchos soldados tártaros y de otras tribus de las provincias del Volga, de las regiones asiáticas, etc. Está de más decir que en la misma situación se encontraban los oficiales de las tropas especiales y de la flota, como igualmente de la infantería.

El camarada que dirigía la agitación entre los soldados —y que también había servido como soldado— completó y corrigió las informaciones dadas por ellos.

Aportó además una serie de detalles referentes a un posible levantamiento de la fortaleza de Liépaya. Sentía muy orgulloso de su obra, y los soldados mostraban tenerle confianza, pues a él le conocían. Nosotros les éramos extraños.

Ninguna otra reunión en el curso de la revolución me ha dejado un recuerdo tan sublime como ésta, con su dignidad sobria, su objetividad y solemnidad.

Decidimos no empezar nada todavía en la fortaleza y evitar todo enfrentamiento con la comandancia, hasta que se aclarasen los acontecimientos en San Petersburgo y Moscú. Por el momento nos era más importante tener las riendas del asunto en la mano, poder dominar la situación, para no tener que correr después ciegamente detrás de los acontecimientos que no dependían de nosotros. Del mismo modo los representantes de los soldados querían disponer de algún tiempo más, para poder preparar mejor el aprovisionamiento de la fortaleza. Nos hicieron notar que cualquier error de los jefes o caudillos en este asunto, por insignificante que pareciera, podía hacer fracasar el levantamiento; la escasez de alimentos podría ser la señal inminente para un quebrantamiento de la disciplina por parte de la gran masa de soldados. De aquí que era imprescindible no cometer ni un solo error.

Los representantes de los soldados subrayaron también otro punto que es de gran interés psicológico. Consideraban como sumamente importante que después de la ocupación de la fortaleza el comando de la misma no fuera entregado a un suboficial, sino —en el mejor de los casos— a uno de los oficiales activos. Si no se encontrara entre los oficiales uno que bien se prestase para ello, el comando lo tendría que tomar una persona civil; pero sólo se podría elegir un civil cuya formación militar anterior le permitiera asumir un rango de oficial. Los soldados insistieron una vez más en que cualquier error cometido en

comando podría quitarle a una acción revolucionaria su prestigio en gran escala...

El levantamiento de la guarnición de la fortaleza de Liépaya no llegó a realizarse. Las noticias que llegaron a fines de diciembre desde San Petersburgo y Moscú mostraban claramente que, aun en el caso de que la fortaleza de Liépaya cayese en nuestras manos, ya no podríamos ganar casi nada para la causa de la revolución. Nos habríamos quedado aislados, y el gobierno de San Petersburgo habría tenido la posibilidad de quebrar fácilmente la resistencia de los insurrectos atrincherados en nuestra fortaleza.

En una segunda reunión de soldados y trabajadores pudimos comprobar que la derrota de la revolución en Moscú había tenido efectos muy demoralizadores en los soldados. Su optimismo había desaparecido. Estaban con los ánimos caídos y consideraban que ya no se podía confiar por completo en las tendencias revolucionarias de la guarnición. Si en la primera reunión habían pintado la situación color de rosa, ahora la pintaban totalmente negra. Pude ver que los jefes revolucionarios de los soldados habían perdido el coraje y ya no querían lanzarse a una lucha que a ellos sólo les habría traído la ruina y ningún beneficio a la revolución. Me llamó mucho la atención la falta de independencia que mostraban los soldados. No negociaban con nosotros de igual a igual, sino como gente que ya no podía cumplir frente a nosotros un deber que, a su juicio, les dictaba la conciencia. En todo su comportamiento había una especie de contradicción, de dicotomía, y ello le daba a la asamblea un carácter de desolación espantosa. Y todos quienes comprendieron la situación, tuvieron que darse cuenta de que habría sido criminal lanzar a los soldados con ese estado de ánimo a la rebelión.

Nos separamos sin haber tomado ningún acuerdo. Ya no necesitábamos acuerdos, pues las cosas estaban claras: el juego había terminado..., la suerte estaba echada...

XII. NAVIDAD DE 1905

Al principio, la revolución recorrió triunfante todo el país. El poder de los señores feudales había sido quebrado; los representantes de los nobles en la Casa de los Caballeros de Riga habían prometido solemnemente al Comité Federativo que ahora quedaban abolidos todos los derechos feudales, y los barones que habían sido expulsados de sus fundos podían regresar a ellos como terratenientes, pero sin prerrogativas especiales. Delante del castillo de Lennewarden, en Livonia, el cual había sido tomado por los campesinos revolucionarios, se leyó en la primera mitad de diciembre de 1905 la decisión del Convento de los Nobles, para hacerla llegar a conocimiento de los campesinos.

Sin embargo, las victorias ganadas por los campesinos letones después de más de siete siglos de lucha contra los *junkers* del Báltico, se perdieron en la nada cuando fracasó el levantamiento de diciembre en Moscú. El gobierno de San Petersburgo se preparó para dar sus golpes decisivos contra Estonia, Livonia y Curlandia. Las tres provincias fueron reunidas bajo un mismo gobernador militar; Estonia y Livonia fueron declaradas en estado de sitio, bajo ley marcial; Curlandia lo estaba ya desde agosto de 1905; y empezaron las "expediciones punitivas", como se las llama en el lenguaje de los funcionarios rusos. El general Orlov, que tenía el alto mando sobre los dos mil soldados, estaba en la agradable situación de poder reparar desde su muy seguro cuartel general en la pequeña

ciudad de Walk, en el norte de Livonia, su gloria militar que había sido empañada en la guerra contra el Japón.

Por entonces yo estaba en Liépaya, adonde me habían enviado los camaradas de Riga, a comienzos de octubre de 1905, en mi calidad de revolucionario profesional. Cuando en la segunda mitad de diciembre empezaron las expediciones punitivas, ninguno de los camaradas de Liépaya pensó en abandonar la ciudad. Orlov todavía no había llegado al sur de Curlandia, y nosotros pensábamos mantener nuestras posiciones, viniera lo que viniera. Pero era necesario tener un poco de cuidado, de todas maneras. Yo me trasladé a una casa que me parecía más segura. Mi equipaje no era pesado: sólo una mochila que me había prestado valiosos servicios durante mis largas caminatas por los Alpes suizos.

Mi nuevo alojamiento era la casa de un abogado que era diputado liberal de la Municipalidad y miembro de la redacción del periódico liberal. Estaba dispuesto a alojarme en su casa por un cierto tiempo.

El 24 de diciembre, en la tarde, estábamos sentados a la mesa y charlábamos despreocupadamente con los niños sobre el arbolito de Navidad, los regalos y otras cosas más. De pronto llegó el dueño de casa trayéndonos las últimas noticias. El gobernador de Curlandia, desde su residencia en Mitau (Yélgava) había hecho suspender los diarios letones y el ruso. El diario letón *Latweetis* (*El Letón*) era de orientación socialdemócrata; el diario ruso *El Emisario de Liépaya*, de orientación liberaldemócrata. El diario alemán *El Diario de Liépaya*, por cierto, no fue tocado. Pero, en honor a la verdad, es necesario decir que éste era el único diario alemán de las tres provincias bálticas que no seguía la corriente de la reacción, y más bien mostraba cierta comprensión para con las exigencias de la época.

Para quien conocía lo que pasaba, era claro que la suspensión de los dos diarios significaba el comie-

zo de la represión contrarrevolucionaria en Letonia y Curlandia, y con ello también en el puerto principal, Liépaya. La noticia me devolvió a la seriedad de esos tiempos; me despedí de mis amigos y me dispuse a marcharme. Ya me encontraba con mi abrigo en el pasillo de la casa, cuando la señora me dijo amablemente: “¡Y cuando usted vuelva a Liépaya tiene que venir a visitarnos!” La miré sorprendido: “¿Acaso me voy de Liépaya?” Algo perplejos me miraron mis anfitriones. Y yo de nuevo: “No me voy de Liépaya...”

Cuando llegué al cuartel general de los camaradas, éstos ya conocían la noticia de la suspensión de los diarios. Todos estaban muy desanimados; ocupados de sus asuntos cotidianos, haciendo casi instintivamente el trabajo usual de todos los días, como si no hubiera pasado nada, pero ya sin encontrar el valor para emprender algo para cerrarles el camino a los acontecimientos que se veían venir.

“Su tren sale a las cinco”, me dijo de pronto un camarada con el que tenía amistad personal. “¿Mi tren?” ¿Voy a viajar? ¿Adónde?” Los camaradas habían conseguido un abrigo y una gorra de estudiante como disfraz (los estudiantes rusos llevaban uniforme), pues yo tenía que abandonar la ciudad en tren. Mi mochila que contenía mis dos pijamas también estaba ya allí, y mi sombrero y mi abrigo, sufriendo un trato horrible, fueron metidos en la mochila; un coche con el techo cerrado estaba parado delante de la casa, esperándome, y disfrazado de estudiante me dirigí a la estación. En ésta encontré a un camarada que ya me había comprado el billete para el tren. Otros camaradas me llevaron por detrás de la estación; allí subí al tren. Este se puso pronto en movimiento.

Hacia apenas algunas horas yo había dicho que no partiría, y ahora estaba sentado en el tren para abandonar la ciudad para siempre. ¿Para siempre? En aquel entonces no me imaginaba la cosa tan grave. La esperanza y el optimismo no me querían abandonar tan inesperadamente.

Mi billete era sólo para los primeros cien kilómetros, es decir, hasta Mosheiki, un lugar de cruce de las líneas ferroviarias. Después de las huelgas de los trabajadores ferroviarios, el servicio no estaba todavía totalmente en orden. No se sabía con exactitud cuánto se podría conseguir la conexión. ¿Una conexión hacia dónde? En eso no había pensado aún.

Mosheiki, el empalme, es un villorrio sucio en la frontera entre Curlandia y Lituania. Tiene todas las características de esas pequeñas ciudades tristes, pobres y abandonadas. Aquí, en la frontera de Curlandia, desaparece de golpe todo el encanto de las pequeñas ciudades letonas. Entrar a la "ciudad" de Mosheiki significa meterse en el barro, sin poder encontrar un alojamiento más o menos aceptable. Por eso me quedé en la estación, buscando siempre los sitios más oscuros para no ser visto por los viajeros de Liépaya. Como esto me resultó monótono, me dirigí a la sala de espera. Muy pronto se formó allí, alrededor mío, un grupo de curiosos que me conocían de Liépaya y que me hacían preguntas. Encontré también a una camarada letona, que había viajado en el mismo tren desde Liépaya. Ella iba para Riga. Bueno, dije, viajaremos juntos a Riga.

El vagón estaba vacío cuando salimos de Mosheiki para dirigirnos a Riga, en una diagonal a través de Curlandia. Había un sordo silencio en el vagón. Los pocos viajeros se evitaban los unos a los otros; entre ellos no se estableció ningún tipo de relaciones, aunque bastaba levantarse del asiento para ver a la gente del compartimiento vecino. En las pequeñas estaciones de Curlandia, el tren se fue llenando poco a poco de gente. Un campesino cojo, bien vestido, subió a nuestro vagón. Era el tipo de campesino letón bien acomodado, que había sido lanzado a la lucha revolucionaria por la testarudez y la perfidia de los *junkers* del Báltico. Estaba vestido como los habitantes de la ciudad. Llevaba un abrigo negro con cuello de piel, se le notaba su buena situación económica. Estaba

herido en el pie. Cuando se sentó, puso con mucho cuidado la pierna herida sobre la banqueta de al lado, que estaba desocupada, y casi sin moverse permaneció en esa posición. No dijo ni una palabra.

Cuando llegamos a Autz, la ciudad ardía. Había sido atacada por los soldados, y luego destruida. Los habitantes habían escapado para no ser víctimas de la expedición punitiva. En el último momento, saltó al vagón un viejo, vendedor de leche, alto y de anchas espaldas; con mucho alboroto colocó sus jarros de leche debajo de la banqueta. Apenas el tren se puso en movimiento, el viejo empezó a maldecir en voz alta la expedición punitiva. Vivía en un pueblo vecino y, contra su voluntad, había tenido que quedarse en la ciudad.

Los viajeros estaban todos llenos de espanto; muy pronto se formó un grupo que se puso a hablar sobre la revolución. También el conductor del tren se unió a ellos. Todos parecían haber olvidado la desconfianza que imponía el terror del momento.

Había subido también una mujer con varios niños pequeños, llevando a uno de ellos en brazos. Tímida y nerviosa, buscaba un asiento libre en el vagón; tenía que acomodar todas sus bolsas y, al mismo tiempo, tranquilizar a los niños que lloraban. Estaba tan nerviosa que no sabía a qué atenerse. Mi camarada letona se levantó para ayudarle. Le ayudó a desatar unas almohadas para acostar a los pequeños; les hizo caricias y pronto dejaron de llorar. La mujer miró agradecida a nuestra camarada. Obviamente no había esperado tanta bondad.

Las dos únicas mujeres en el vagón estaban sentadas juntas y charlaban. La madre de los niños no era letona y hablaba sólo el ruso. La camarada le preguntó sorprendida a dónde iba con sus niños en esa fiesta de Navidad. La mujer levantó los ojos, estaba llena de confianza: al fin tenía a alguien con quien hablar. Iba a Riga, donde estaba su marido. Los revolucionarios, esos "malvados", lo querían matar, pues

él era gendarme en Autz. Por eso hacía pocos días que él había escapado a Riga, antes que llegasen los soldados. Ahora ya no podría regresar a Autz, pues los "malvados" seguramente querían matarlo. Por eso ella se iba ahora a Riga, a unirse con él...

La camarada letona estaba sentada sin hablar, junto a la mujer del gendarme ruso, al que los "malvados" letones querían matar. Luego se paró y regresó a nuestro compartimiento.

En el vagón reinaba otra vez el silencio; sólo se escuchaba el ruido de las ruedas del tren. Así seguimos viajando a través del paisaje cubierto de nieve. Ya habíamos pasado por Yélgava (Mitau), y en una hora más estaríamos en Riga; sólo nos faltaba una estación, Olay.

En Olay, donde el tren normalmente se detenía sólo un minuto, hubo una parada larga. Miré a través de las ventanillas del vagón hacia el andén: en la escasa luz de la estación pude ver a los dragones apostados con bayoneta calada delante de las puertas de todos los vagones. ¿Qué va a suceder ahora?

Desde mi asiento miré a los compartimientos vecinos. Un oficial de los dragones estaba examinando al campesino herido. El campesino había puesto la pierna herida otra vez sobre el suelo para no despertar sospechas. Todos los pasajeros eran inspeccionados, uno por uno, por el oficial. Primero registraban los bolsillos y palpaban todo el cuerpo; en seguida revisaban todo su equipaje.

Pronto nos tocaría también a nosotros. Pero yo podía estar tranquilo, pues no llevaba arma alguna. De ordinario yo llevaba un revólver para protegerme; pero antes de salir de Liépaya lo había devuelto, pues no me pertenecía a mí sino al Partido. Instintivamente pasé mi mano por sobre mis bolsillos que pronto iban a ser inspeccionados por el oficial. En uno de los bolsillos de mi chaleco encontré cinco balas de mi revólver, el cual, debo confesarlo, nunca utilicé. Había olvidado las balas en el bolsillo... "Tengo unas balas

en mi bolsillo —le dije en voz baja a mi camarada—; la cosa es grave.” Y ella me contestó: “Tengo casualmente un revólver en mi cartera. Déme sus balas, tal vez a mí no me registren por ser mujer”.

Con un rápido movimiento cogí las cinco balas y las puse todas en la mano de la camarada. Ella, con presteza, se las metió en la media. Y un momento después estaba el oficial de dragones en nuestro compartimiento.

Mis bolsillos fueron examinados, me palpó y revisó de la cabeza a los pies. Luego le tocó el turno a la mochila, de la que salieron el abrigo y el sombrero bastante maltratados; estas prendas habían constituido, hasta ahora, mi principal orgullo. Abrigo, sombrero y pijamas resultaron no ser sospechosos de ocultar arma alguna.

El oficial miró ahora a la camarada sentada frente a mí. Por un momento parece que dudó de cómo debía comportarse. Luego se dio vuelta y abandonó el compartimiento. “Y arriba en la maleta tengo una buena parte del archivo del Partido de Liépaya”, me susurró la camarada rápidamente al oído.

No tuve tiempo de meditar si había sido justo entregar las balas a la camarada. Pero me era claro que así no se perdían todas las esperanzas. Si yo me hubiera quedado con las balas, habríamos estado perdidos *los dos*, y un par de tiros bien dirigidos por parte de los dragones detrás del edificio de la estación de Olay habrían terminado con nosotros dos en aquella noche de Navidad.

Después de una media hora llegamos a Riga. Desde la puerta principal de la estación miré hacia el puerto, donde se encontraba la casa en que había nacido.

Dos camaradas nos estaban esperando. Cuando estuve sentado en el trineo con uno de ellos, le pregunté cómo estaba la situación en Riga. No me dijo una palabra — sólo un movimiento muy expresivo de su mano obtuve como respuesta... La reacción ya es-

taba en plena actividad también en Riga. Otra vez tenía que prepararme para partir.

En algunas ventanas se veían todavía las luces del árbol de Navidad, pero las velitas ya eran pequeños cabos apenas visibles...

Fue mi última Navidad en Letonia...

INDICE

Prefacio	9
I. Las huelgas de julio de 1905 en Riga	11
II. Entre los obreros judíos	17
III. Entre los judíos burgueses	23
IV. En la sinagoga	29
V. Los obreros alemanes	35
VI. El Manifiesto de Octubre	43
VII. El camarada Yepis	55
VIII. Los soplones o espías	63
IX. Los carniceros aprendices	69
X. La huelga de policías	75
XI. Los militares	83
A. En Riga	83
B. En Liépaya	89
C. El final	93
XII. Navidad de 1905	99

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de la
EMPRESA EDITORA NACIONAL QUIMANTU LTDA.,
Bellavista 0153, el mes de julio de 1972.
Edición de 7.000 ejemplares.
Hecho en Chile — Printed in Chile.

BIBLIOTECA NACIONAL

✱

- 7 SET 1972

✱

SECC. CONTROL Y CAD

